
PALESTINA EN TIEMPOS DE JESÚS

LA BIBLIA HEBREA Y SU CONCEPCIÓN DEL MUNDO

«La historia bíblica se desarrolla dentro de un trasfondo histórico-geográfico bien determinado en el área del Próximo Oriente, justamente en una encrucijada geográfica en la que se dan cita los dos imperios y focos culturales de la antigüedad: el mesopotámico y el egipcio. Porque Canaán, escenario de la trama bíblica, es el punto de unión y el lugar obligado de paso entre Asia y África, y por ello esa franja geográfica en el Mediterráneo oriental es de una importancia capital en el trasiego de inquietudes políticas y culturales que surgen a orillas del Nilo y de la llanura mesopotámica.» [García Cordero, Maximiliano: *Biblia y legado del antiguo Oriente*. Madrid: B.A.C., 1977, prólogo]

«El primer ámbito de contenido doctrinal, y de muy profundo influjo en Pablo, es: las enseñanzas de la Biblia hebrea, pues con ella iba una cosmovisión que se retrotrae con facilidad a una concepción del mundo semita existente dos mil años antes de Pablo —en los imperios acadio, asirio y babilonio, todos semitas—, modificada por la mentalidad propiamente hebrea, aproximadamente en la época del exilio en Babilonia (siglos vi-v a.e.c.), y que ayuda a comprender algunos rasgos de la mentalidad paulina.

Esta cosmovisión, a grandes rasgos, mantenía que a partir de un caos originario, la divinidad (indiscutiblemente única según los hebreos desde el exilio babilónico) fue la creadora del cielo, la tierra y los abismos. Las tres entidades formaban el «todo», el universo, concebido como el cielo arriba; la tierra abajo; y debajo de ella el mundo subterráneo, constituido en parte por las mismas aguas caóticas primordiales y por el reino de los muertos. Los israelitas creían que las esferas celestes del ámbito de «arriba» eran siete, número que indica la perfección.

El cielo, en su esfera superior, la séptima, es la morada del Dios único y de su corte celestial, los ángeles. Los astros entre el cielo y la tierra misma estaban gobernados por delegados de Dios, ángeles también o arcontes celestes. Unos astros eran buenos y otros perversos, según el gobierno de sus ángeles, lo que se mostraba por ciertas variaciones de sus órbitas. Según los hebreos, las esferas celestes estaban sustentadas por enormes columnas, alejadas entre sí, pensadas como montañas grandes y estilizadas.

El mundo subterráneo tenía también sus columnas sustentantes proyectadas hacia abajo. La tierra se concebía unas veces como un cuadrado, y otras como

una especie de rodaja redonda cuyos límites coincidían con el fin de los cielos en su parte inferior.

Con el paso del tiempo, el judaísmo helenizado subordinó esta cosmovisión genérica semita a una fe monoteísta en un Dios único y a una concepción apocalíptica muy extendida en círculos de piadosos. El monoteísmo transformó los dioses secundarios de otros pueblos semitas en ángeles y demonios, siendo los primeros los cortesanos del Rey único. Como gema preciosa de su creación, este Dios único había plasmado el ser humano.

En este universo, fácilmente comprensible y no excesivamente grande, la divinidad —aunque habite en el séptimo cielo— está en realidad cercana a la tierra, e interviene activamente en los asuntos de los hombres. Son estos en especial los que le interesan, pues son la joya de su universo. Este Dios comunicable y relativamente cercano y accesible permite concebir con facilidad que exista una revelación divina a los humanos y que —una vez estropeada su creación por el pecado del primer hombre— la divinidad intente —por ejemplo, con el envío de su Hijo— arreglar al precio que sea lo que la maldad del Diablo y los seres humanos había estropeado dentro de su creación.

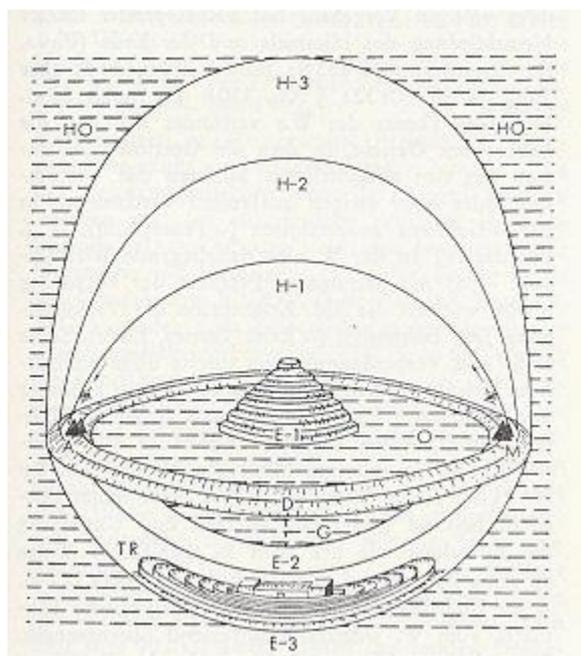
La concepción apocalíptica defendía que todo el universo está sujeto a una ley divina: el tiempo inexorable es el que conforma una historia diseñada desde siempre por la divinidad. La historia avanza en línea recta desde los orígenes (creación y el paraíso para el ser humano) hasta la consumación final, con peripecias diversas.

El universo era al principio bueno y perfecto, pero luego resultó desordenado sobre todo por la mala inclinación del hombre. Finalmente, Dios volverá a poner orden en su creación, y generará un nuevo todo, un mundo futuro similar al del principio, unos cielos nuevos, una tierra nueva y un ser humano renovado.

El conjunto será tan excelente como en sus orígenes, y en él Israel, el pueblo predilecto de la divinidad, junto con otros justos entre los humanos, vivirán felices por siempre jamás.» [Piñero, Antonio (ed.): *Los libros del Nuevo Testamento. Traducción y comentario*. Colaboradores: José Montserrat Torrents, Gonzalo del Cerro, Gonzalo Fontana y Carmen Padilla. Madrid: Editorial Trotta, 2022, p. 93 ss]

LA COSMOVISIÓN SUMERIO-ACÁDICO-BABILÓNICA Y LA BÍBLICA

«La antigua concepción hebrea del mundo se basa fundamentalmente en la imagen del mundo que presentamos en el siguiente gráfico:



Los hebreos añadieron algunas precisiones, que intentaban formar un sistema más concorde con sus ideas de un Dios único.

A partir de un caos originario e informe, que se corresponde con las aguas subterráneas de la imagen (G: base del océano terrestre), Dios era quien había creado, u ordenado, el cielo, la tierra y los abismos: las tres entidades formaban el "todo", el universo, concebido generalmente con las mismas tres partes: el cielo arriba; la tierra abajo, y por debajo de ella el mundo subterráneo, constituido en parte por esas aguas caóticas primordiales y por el reino de los muertos.

Obsérvese de nuevo que, según Gn 1,1-2, no queda claro del todo si la creación de cielos y tierra es a partir de la nada (no lo dice el texto estrictamente), o bien a partir de un caos originario e informe, sobre el que aleteaba el espíritu divino. Este Dios es considerado a la postre como único absoluto, porque el texto final del Génesis está redactado en torno al siglo V a. C. Anteriormente al exilio de Babilonia es muy posible que el monoteísmo absoluto no fuera la fe del pueblo hebreo en general, sino el henoteísmo. Yahvé no era un dios único (había otros), pero sí el más fuerte y poderoso. A él solo debía adorarse. Y los hebreos tenían la suerte que ese Dios poderoso era el suyo.

Los israelitas modificaron el número de esferas celestes hasta siete, número que indica la perfección. El cielo, en su esfera superior, la séptima, es la morada del Dios único y de su corte celestial, ángeles superiores, arcángeles o "ángeles de la faz", es decir, que ven directamente el rostro de Dios. Los espíritus angélicos en general sustituyen a los dioses secundarios de los acadios y babilonios de su panteón politeísta.

Los astros entre el cielo y la tierra estaban gobernados por delegados de Dios, ángeles también o arcontes celestes. Unos astros eran buenos y otros perversos, según el gobierno de sus ángeles, que hacían variar sus órbitas en

el caso de los malvados porque no quieren obedecer a Dios. Los que rigen las estrellas fijas, de órbitas inmutables, son buenos. Los que gobiernan los planetas son ángeles rebeldes, por lo que los planetas no tienen una órbita perfecta, circular.

La tierra se concebía unas veces como un cuadrado, y otras como una especie de rodaja redonda cuyos límites coincidían con el fin de los cielos en su parte inferior. Los hebreos seguían manteniendo que las esferas celestes estaban sustentadas por unas enormes columnas, alejadas entre sí, pensadas como montañas grandes y estilizadas; el mundo subterráneo tenía también sus columnas sustentantes proyectadas hacia abajo.

Pero con el paso del tiempo, el judaísmo helenizado, a partir sobre todo del siglo III a. C. subordinó esta cosmovisión:

A) A una fe monoteísta en un Dios único. Los dioses secundarios se transforman en ángeles y demonios, siendo los primeros los cortesanos del Rey único. Como gema preciosa de la creación este Dios único había plasmado el ser humano;

B) A una concepción apocalíptica muy extendida en círculos de piadosos: fuera de Dios todo está sujeto a una ley divina: el tiempo inexorable es el que conforma una historia del universo y del ser humano diseñada desde siempre por la divinidad. La historia avanza en línea recta desde los orígenes (creación y el paraíso para el ser humano) hasta la consumación final con peripecias diversas. El universo era al principio bueno y perfecto, pero luego resultó tremendamente desordenado por los pecados y la mala inclinación del hombre. Finalmente Dios volverá a poner orden en su creación, y volverá a generarse un nuevo todo, un mundo futuro, similar al del principio, probablemente unos cielos nuevos, o renovados, y una tierra nueva, o renovada, en donde los seres humanos justos (israelitas o convertidos) vivirán felices por siempre jamás.

Este es el mundo en el que vivía y pensaba, sin duda, Jesús de Nazaret. Y este universo semita coincide en parte con la del otro mundo al que pertenece Pablo, nacido en Tarso en Asia Menor, el helenismo, de lengua griega.» [Antonio Piñero: "La cosmovisión sumeria-acádica-babilónica es la misma que la de Jesús de Nazaret y de Pablo" – El Bloq de Antonio Piñero (28-07-2019.1081)]

COSMOGONÍA GRIEGA DE LA ÉPOCA DE JESÚS Y DE PABLO

«Detengámonos un momento en considerar la cosmogonía griega de la época de Jesús y de Pablo, porque en algunos rasgos es parecido, pero teniendo en cuenta que para los griegos el cielo y la tierra existen desde siempre: la materia es eterna. El primero es como la mitad de una esfera, sólida. Este "cuenco" celeste cubre una tierra que es plana. La parte del espacio entre la tierra y el cielo hasta las nubes contiene aire o éter. Bajo la tierra, y hacia abajo, hay un espacio amplio, en cuyo final hunde sus raíces el Tártaro. La tierra está circundada por un río inmenso, el Océano.

Es importante recalcar, insistir una y otra vez porque no suele decirse, que en esta imagen del universo se basa la estructura mental de Jesús de Nazaret y de Pablo de Tarso, obtenida fundamentalmente de la lectura de los libros sagrados: tanto Jesús como Pablo dependen de la Biblia hebrea, o de parte de la mentalidad griega del otro. Ambos personajes son pensadores apocalípticos, cuyas ideas básicas encajan perfectamente en ella. En el caso de Pablo, el hecho de que concebía el mundo según esta cosmovisión se confirma por 2 Cor 12,1-2: Vendré a las visiones y revelaciones del Señor. Sé de un hombre en Cristo de hace catorce años, si en el cuerpo o fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe; ese tal fue arrebatado hasta el tercer cielo.

En esta imagen del universo asumida más en concreto por Pablo, ya que de Jesús no quedan testimonios expresos, Dios, por muy alejado que se lo presente y a pesar de la distancia entre el cielo y la tierra, está relativamente cerca. En ellos parece que está ya afianzada la idea de la creación, aunque la precisión de que esta fue "desde la nada" es una determinación posterior en el tiempo. El universo así concebido es en sí muy pequeño; la divinidad es una entidad muy próxima, y se concibe además antropomórficamente. Sus rasgos básicos son como los humanos, aunque su pensamiento sea siempre muy superior. La tierra es el centro preferente de la creación divina, y hacia ella dirige siempre sus ojos el Dios único, pues en ella ha creado, a su imagen y semejanza, al ser humano. Ángeles y demonios, además de cortesanos, tienen la función de emisarios buenos, los ángeles, ya de sus contrapartidas perversas, los demonios, cuya misión es a veces poco explicable. Pero ambas clases rellenan el hueco entre el cielo y la tierra, actuando constantemente en la esfera de los hombres y salvando así la distancia entre Dios y el hombre. Pero Dios dirige, consiente o permite todo, arriba y abajo, con designios muchas veces misteriosos.

Y esta concepción del universo, tan pequeña y manejable, tiene enormes consecuencias en uno de los sustentos del cristianismo paulino de hoy: la teoría de la redención (muerte en cruz del hijo de Dios) del ser humano, que como hijo del primer hombre ha estropeado el designio divino a la hora de la creación.» [*id.*]

MARCO HISTÓRICO

El pueblo judío, sin estado propio desde la destrucción del Primer Templo en 587 a. C., en tiempos de Nabucodonosor II, había pasado varias décadas sometido, sucesivamente, a babilonios, persas, la dinastía ptolemaica de Egipto y el Imperio seléucida, sin que se produjeran conflictos de gravedad. En el siglo II a.C., sin embargo, el monarca seléucida Antíoco IV Epífanes, decidido a imponer la helenización del territorio, profanó el Templo (el Segundo Templo, reconstruido en época persa), lo que desencadenó una rebelión, acaudillada por una familia sacerdotal, los Macabeos, que tendría como consecuencia el establecimiento de un nuevo estado judío independiente, que duraría hasta el año 63 a. C.

En este año, el general romano Pompeyo intervino en la guerra civil que enfrentaba a dos hermanos de la dinastía asmonea, Hircano II y Aristóbulo II. Con esta intervención dio comienzo el dominio romano en Palestina. Dicho dominio, sin embargo, no se ejerció siempre de forma directa, sino mediante la creación de uno o varios estados clientes, que pagaban tributo a Roma y estaban obligados a aceptar sus directrices. El propio Hircano II fue mantenido por Pompeyo al frente del país, aunque no como rey, sino como etnarca. Posteriormente, tras un intento de recuperar el trono del hijo de Aristóbulo II, Antígono, quien fue apoyado por los partos, el hombre de confianza de Roma fue Herodes, quien no pertenecía a la familia de los asmoneos, sino que era hijo de Antípatro, un general de Hircano II de origen idumeo.

Tras su victoria sobre los partos y los seguidores de Antígono, Herodes fue nombrado rey de Judea por Roma en 37 a. C. Su reinado, durante el cual, según opinión mayoritaria, tuvo lugar el nacimiento de Jesús de Nazaret, fue un período relativamente próspero.

A la muerte de Herodes, en 4 a. C., su reino se dividió entre tres de sus hijos: Arquelao fue designado etnarca de Judea, Samaria e Idumea; a Antipas (llamado Herodes Antipas en el Nuevo Testamento) le correspondieron los territorios de Galilea y Perea, que gobernó con el título de tetrarca; por último, Filipo heredó, también como tetrarca, las regiones más remotas: Batanea, Gaulanítide, Traconítide y Auranítide.

Estos nuevos gobernantes correrían diversa suerte. Mientras que Antipas se mantuvo en el poder durante cuarenta y tres años, hasta 39, Arquelao, debido al descontento de sus súbditos, fue depuesto en 6 d. C. por Roma, que pasó a controlar directamente los territorios de Judea, Samaría e Idumea.

En el período en que Jesús desarrolló su actividad, por lo tanto, su territorio de origen, Galilea, formaba parte del reino de Antipas, responsable de la ejecución de Juan el Bautista, y al que una tradición tardía, que solo se encuentra en el Evangelio de Lucas, hace jugar un papel secundario en el juicio de Jesús. Judea, en cambio, era administrada directamente por un funcionario romano, perteneciente al orden ecuestre, que llevó primero el título de prefecto (hasta el año 41) y luego (desde el 44) el de procurador. En el período de la actividad de Jesús, el prefecto romano era Poncio Pilato.

El prefecto no residía en Jerusalén, sino en Cesarea Marítima, ciudad de la costa mediterránea que había sido fundada por Herodes el Grande, aunque se desplazaba a Jerusalén en algunas ocasiones (por ejemplo, con motivo de la fiesta de Pésaj o Pascua, como se relata en los evangelios, ya que era en estas fiestas, que congregaban a miles de judíos, cuando solían producirse tumultos). Contaba con unos efectivos militares relativamente reducidos (unos 3.000 hombres), y su autoridad estaba supeditada a la del legado de Siria. En tiempos de Jesús, el prefecto tenía el derecho exclusivo de dictar sentencias de muerte (*ius gladii*).

Sin embargo, Judea gozaba de un cierto nivel de autogobierno. En especial, Jerusalén estaba gobernada por la autoridad del sumo sacerdote, y su consejo o Sanedrín. Las competencias exactas del Sanedrín son objeto de

controversia, aunque en general se admite que, salvo en casos muy excepcionales, no tenían la potestad de juzgar delitos capitales.

EL CARÁCTER PARTICULAR DE GALILEA

Aunque separada de Judea por la historia, Galilea era en el siglo I una región de religión judía. Tenía, sin embargo, algunos rasgos diferenciales, como una menor importancia del Templo, y una menor presencia de sectas religiosas como los saduceos y los fariseos. Estaba muy expuesta a las influencias helenísticas y presentaba grandes contrastes entre el medio rural y el medio urbano.

Al este de Galilea se encontraban las diez ciudades de la Decápolis, situadas todas ellas al otro lado del río Jordán, a excepción de una, Escitópolis (llamada también Bet Shean). Al noroeste, Galilea limitaba con la región sirofenicia, con ciudades como Tiro, Sidón y Aco/Tolemaida. Al sudoeste se situaba la ciudad de Cesarea Marítima, lugar de residencia del prefecto (luego procurador) romano. Por último, al sur se encontraba otra importante ciudad, Sebaste, así llamada en honor al emperador Augusto.

En pleno corazón de Galilea se encontraban también dos importantes ciudades: Séforis, muy cercana (5 o 6 km) a la localidad de donde era originario Jesús, Nazaret; y Tiberíades, construida por Antipas y cuyo nombre era un homenaje al emperador Tiberio. Tiberíades era la capital de la monarquía de Antipas, y estaba muy próxima a Cafarnaún, ciudad que fue con probabilidad el centro principal de la actividad de Jesús.

Es importante destacar que las ciudades eran focos de influencia de la cultura helenística. En ellas residían las élites, en tanto que en el medio rural habitaba un campesinado empobrecido, del que procedía con toda probabilidad Jesús. Las ciudades eran en general favorables a Roma, como se demostró con ocasión de la primera guerra judeo-romana.

En las fuentes cristianas no se menciona que Jesús visitase ninguna de las ciudades de Galilea ni de su entorno. Sin embargo, dada la proximidad de Tiberíades a los principales lugares mencionados en los evangelios, es difícil pensar que Jesús se sustrajo por completo a la influencia helenística.

El medio campesino, del que procedía Jesús, veía con hostilidad las ciudades. Los campesinos de Galilea soportaban importantes cargas impositivas, tanto del poder político (la monarquía de Antipas), como del religioso (el Templo de Jerusalén), y su situación económica debió de ser bastante difícil.

Galilea fue la región judía más conflictiva durante el siglo I, y los principales movimientos revolucionarios antirromanos, desde la muerte de Herodes el Grande en 4 a. C. hasta la destrucción de Jerusalén en el año 70, se iniciaron en esta región. La lucha contra el Imperio romano fue, según el historiador Geza Vermes, «una actividad galilea general en el primer siglo d. C.».

LA GALILEA DEL SIGLO I

Galilea era una provincia relativamente marginal de Israel. En la época de Jesús, sólo habían transcurrido unos cien años desde que era israelita de pleno derecho (tras la dinastía de los Macabeos). Galilea era fundamentalmente agrícola. Alejada del ambiente de la capital, Jerusalén, estaba rodeada de paganos. Con los que no se mezclaron, al contrario, aumentaron sus tendencias nacionalistas mostrándose incluso más cumplidores con su religión y más estrictos que los de Jerusalén. Esta observancia era su señal de identidad para diferenciarse de los gentiles de los alrededores.

La revolución más importante en tiempos de Jesús fue la de Judas el Galileo, cuyo lema era: «No hay en Israel más rey y señor que Dios; los judíos tienen la obligación de cooperar, aunque sea violentamente a la implantación del reinado de Dios») que fomentaría más tarde los impulsos mesiánicos y la guerra contra Roma del 66-70.

Alejados físicamente alejados del Templo, la espiritualidad de los galileos estaba más centrada en la sinagoga (estudio de la Ley y oración) que en los sacrificios. La lejanía geográfica pudo influir en el fortalecimiento de una piedad más interiorizada, que compensaba la imposibilidad de asistir con asiduidad a los sacrificios del santuario central.

«El influjo de las grandes sectas del judaísmo del momento era mucho menos perceptible que en Jerusalén. Los saduceos tenían en Galilea poca importancia y, al parecer, los fariseos contaban con pocos miembros específicamente adscritos al «partido».

Aunque cumplidores de la ley de Moisés, los galileos tenían fama de un tanto «laxos o relajados en sus interpretaciones de la Ley. Probablemente con esta tacha se quería indicar en Jerusalén que los galileos carecían de ese espíritu puntilloso y minimalista en la observancia de la Norma que imperaba en círculos jerusalemitas. Los galileos otorgaban menos importancia a cuestiones exteriores del ámbito de la pureza ritual (lo que no implica que hicieran caso omiso de estas leyes) para concentrarse en lo más esencial: la circuncisión, la observancia del sábado, el respeto general por la Ley, el sustento económico del Templo y las peregrinaciones anuales a él. Estas características forjaron ciertos detalles de la personalidad de los galileos que explican algunos de los rasgos del Jesús histórico y de sus seguidores. Por ejemplo: el carácter marcadamente rural, campesino del ministerio y predicación de Jesús (sus parábolas están llenas de comparaciones del campo); el vivo sentido de que su misión estaba orientada preferentemente a los israelitas y no a los paganos: Jesús realizó sus viajes de predicación sólo por las aldeas de Galilea y no por las ciudades de la región, a las que no rindió nunca visita. En los habitantes de los asentamientos aldeanos pudo ver Jesús a israelitas auténticos, aptos para recibir su mensaje sobre el reino de Dios, gentes no contaminadas por el contacto con los paganos, mientras que en las ciudades de Galilea la población era mixta, compuesta de israelitas y gentiles impuros, en donde el sincretismo o mezcla de ideas religiosas era muy plausible.

En éstos no vería Jesús una base adecuada para su predicación del Reino. También las circunstancias peculiares de Galilea explican (a espiritualidad de

Jesús más inclinada a la piedad interior y a la oración que a una orientada hacia el culto en el Templo, así como sus discusiones sobre los fariseos en torno a interpretaciones diferentes de la Ley». [A. Piñero, l.c.]

La situación social de Israel en tiempos de Jesús no era buena. El campo era la primera actividad de las gentes, y en él convivían junto con grandes fincas de unos pocos terratenientes, cultivadas por colonos, pequeños labradores propietarios. Estos agricultores independientes padecían impuestos muy onerosos. Los colonos dependientes entregaban la mitad de sus ganancias a los con el consiguiente descontento. Tampoco parece que los temporeros, o jornaleros contratados por días estuvieran en buena situación.

En esta época el campesinado podía ser muy bien la imagen del Israel oprimido y humillado por los ricos del país y por poderosos extranjeros. «Él era fundamentalmente el pueblo pobre y desheredado, despojado de sus derechos al disfrute de la tierra, la heredad de Dios», mientras que los opresores, los que tenían el poder (los romanos) junto con sus diversos colaboradores (los habitantes de las ciudades e israelitas de las capas altas en connivencia con los romanos) eran vistos como «los causantes de la miseria que sufrían las familias de los pequeños poblados por medio de múltiples impuestos, obligaciones económicas y regulaciones centralizadoras que los esquilaban» (S. Vidal, 315).

EL JUDAÍSMO EN LOS TIEMPOS DE JESÚS

En tiempos de Jesús, al igual que en la actualidad, el judaísmo era una religión monoteísta, basada en la creencia de un único Dios. Los judíos creían que Dios había elegido a su pueblo, Israel, y había establecido con él una alianza a través de Abraham y Moisés, principalmente. Los actos fundamentales de dicha alianza eran, para los judíos, la vocación de Abraham, el éxodo, y la promulgación de la ley en el Sinaí.⁷⁹ La fidelidad de los judíos a esta alianza se manifestaba, además de en su adoración a su único Dios, en la rigurosidad con que seguían los mandamientos y preceptos de la Torá, o la llamada Ley mosaica; esta regulaba todos los aspectos de la vida de los judíos, como la obligación de circuncidar a los hijos varones, la prohibición de trabajar en sábado, y otras ciertas reglas alimentarias (por ejemplo, la de no comer carne de cerdo) y de purificación.

En el siglo I, el centro del culto a Dios era el Templo de Jerusalén. Era necesario acudir a este tres veces al año (durante las llamadas fiestas de peregrinación), para realizar diversos sacrificios y entregar ofrendas. El culto del Templo era administrado por los sacerdotes y levitas, cuyo número era muy elevado, quienes desempeñaban los llamados oficios sagrados durante las fiestas, tales como custodiar y limpiar el Templo, preparar los animales y la leña para los sacrificios, y cantar salmos durante las celebraciones públicas. Los sacerdotes y levitas se mantenían con los tributos de los campesinos, obligatorios para todos los judíos.

Pero el Templo no era el único lugar en que se rendía culto a Dios: en época de Jesús existía también la costumbre de reunirse cada sábado en las

sinagogas. Mientras que el culto en el Templo estaba dominado por los sacerdotes, la costumbre de reunirse en las sinagogas fue promoviendo la religiosidad de los laicos. Además, en las sinagogas no se llevaban a cabo sacrificios a diferencia del Templo, sino que tan solo se leían y comentaban los textos sagrados.

En la época de Jesús, existían sectas divergentes dentro del judaísmo. El autor que más información proporciona sobre este tema es Flavio Josefo. Este distingue entre tres sectas principales: la saducea, la esenia y la farisea. Esta última era bastante respetada por el pueblo y estaba constituida principalmente por laicos.

Los fariseos creían en la inmortalidad del alma y eran conocidos por el rigor con que interpretaban la ley, considerando a la tradición como fuente de esta. En cuanto a los saduceos, gran número de ellos formaba parte de la casta sacerdotal, pero en oposición a los fariseos, rechazaban la idea de que la tradición era fuente de ley y negaban también la inmortalidad del alma. Por último, el grupo de los esenios es considerado por la inmensa mayoría de los investigadores como el autor de los denominados manuscritos del Mar Muerto. Constituían una especie de monacato, cuyos seguidores eran estrictos cumplidores de la ley, aunque diferían de los otros grupos religiosos en su interpretación de esta.

Otro aspecto de suma importancia en el judaísmo del siglo I es su concepción apocalíptica: la creencia en una intervención futura de Dios, que restauraría el poder de Israel y tras la que reinarían la paz y armonía universales. Esta idea adquirió gran fuerza en la época en que el pueblo judío fue sometido por la ocupación romana (aunque está ya presente en varios de los libros proféticos de la Tanaj, especialmente en el Libro de Isaías), y se relaciona estrechamente con la creencia en la llegada de un Mesías. Además, es muy mencionada en la llamada literatura intertestamentaria: libros apócrifos generalmente atribuidos a patriarcas u otras figuras destacadas de la Biblia hebrea

SECTAS O MODOS DE ENTENDER LA RELIGIÓN NACIONAL

A pesar de ser el sumo sacerdote del Templo de Jerusalén la autoridad religiosa máxima, no había en el judaísmo ningún dogma obligatorio. Esto favoreció la aparición de corrientes que no tenían un pensamiento unificado y que percibían la historia judía desde diferentes ópticas.

Estaban los **fariseos**, facción política rebelde contra la ocupación y volcada a la creencia en la inmortalidad del alma y la resurrección; los saduceos, por el contrario, negaban las creencias fariseas, alegando que el individuo manejaba su vida y Dios era un mero espectador.

Los **saduceos** provenían de las clases altas judías y se acomodaban a las exigencias de los poderes ocupantes.

Los **zelotes** se configuraron como grupo a partir de objetivos comunes: la búsqueda de la estricta observancia de las leyes mosaicas y la conquista de

la independencia nacional. La extracción social de esta secta era principalmente popular y su metodología una especie de guerra santa tachada de bandidismo por intelectuales como Josefo.

Los **esenios** aparecen como un movimiento vinculado a las demás sectas, ya que eran provenientes de la misma rama que los fariseos y se consideraban enemigos de los saduceos en materia exegética.

Los judíos poblaban Judea. Al norte, en el territorio que había sido Israel, estaban los samaritanos, que practicaban una versión primitiva de la religión israelita y rechazaban las modificaciones que el judaísmo incorporó en Babilonia. Judíos y samaritanos se tenían mutuamente por herejes.

Al norte de Samaria estaba Galilea, donde habitaban también algunos judíos, pero la población era mayoritariamente gentil. Las viejas idolatrías habían desaparecido, pero ahora había llegado una idolatría mucho más peligrosa: la cultura griega del helenismo. El proceso de helenización en Judea había sido lento cuando dependía de Egipto, pero se aceleró bajo los seléucidas. Al mismo tiempo, los judíos más conservadores se escandalizaban al ver a algunos de sus conciudadanos helenizados y se aferraban radicalmente a las viejas costumbres.

Los gentiles, los pueblos no judíos, no habían traído más que desgracias a Israel. La relación con los gentiles había sido solo como potencias ocupantes:

Los judíos llevaban ya muchos años alejados de los acontecimientos históricos. Después del exilio babilónico vino el imperio de los persas. Cuando ya se habían acomodado al dominio persa, llegó Alejandro Magno (333 a.C.), que pasó por Judea sin provocar conmociones. Con la muerte de Alejandro Magno (323 a. C.) se inicia el periodo helenístico, que termina con el suicidio de la última soberana helenística, Cleopatra VII de Egipto, y su amante Marco Antonio, tras su derrota en la batalla de Accio (31 a. C.). El helenismo extenderá la cultura griega por todo el Oriente.

Después de la muerte de Alejandro y tras largas batallas entre los diádocos ('sucesores'), antiguos generales de Alejandro Magno, su imperio se dividió. Primero fueron los Ptolomeos en Egipto quienes incluyeron el territorio judío en sus dominios. Judea quedó en manos de los Ptolomeos, que gobernaron con suavidad. Con el reparto de las tierras entre los antiguos generales de Alejandro, quedó Seleuco en posesión de un vasto territorio. Judea quedó sometida a su dominio. En el 312 a. C. queda consolidado el dominio de la dinastía seléucida, que extendió la cultura helénica en todo el Oriente. Bajo Antíoco III, los judíos se pusieron de su parte y fueron bien tratados.

El gobernante seléucida Antíoco IV (175-164) intensificó la difusión de la cultura griega por todos los medios, trayendo colonos atenienses y estableciendo leyes y costumbres helénicas. Su afición por el helenismo le movió a suprimir en Palestina el culto de Yahweh (Jehová) y sustituirlo por el de Zeus (Júpiter), pero los judíos se rebelaron.

Bajo Judas Macabeo lucharon contra los invasores y sus cultos helenísticos y consiguieron independizarse. Los macabeos fundaron la dinastía real

asmonea, proclamando la independencia judía en la Tierra de Israel durante un siglo, desde el 164 al 63 a. C. La autonomía judía se mantuvo hasta el 63 a. C., cuando el general romano Pompeyo capturó Jerusalén y sometió todo el reino al dominio de Roma. La dinastía Asmonea se mantuvo hasta el 37 a. C., cuando el idumeo Herodes el Grande se convirtió de facto en rey de Jerusalén.

Tras su victoria, los macabeos realizaron una limpieza ritual del Templo, restableciendo los servicios tradicionales judíos e instaurando a Jonatán Macabeo como sumo sacerdote. Tras el reacondicionamiento del Templo, los partidarios de los macabeos quedaron divididos por la decisión de seguir o no luchando para conseguir la independencia política.

Este conflicto originó la escisión entre **fariseos** y **saduceos** bajo el reinado de monarcas asmoneos posteriores: Entre los que se resignaron a luchar contra los gobiernos extranjeros y defendieron el oportunismo político aceptando cultos de influencia griega, y los que siguieron luchando por las tradiciones religiosas de Israel.

Cuando Juan Bautista llamó al arrepentimiento en el desierto, porque "el reino de Dios" estaba cerca, esta no era una idea nueva. Ya doscientos años antes que él, especialmente judíos piadosos (en hebreo "hasidim") habían propagado la idea del fin del mundo y de que el reino de Dios estaba cerca, "porque en aquel tiempo había gente malvada en Israel", como dice el libro de los Macabeos, que intentaba persuadir al pueblo a hacer un pacto con los gentiles y aceptar sus cultos, "pues hemos sufrido mucho desde que nos hemos separado de los gentiles".

Los **hasidim** protestaron contra esta pecaminosidad de su tiempo y tenían una concepción escatológica de la historia de Israel. Para escapar de las medidas represivas religiosas de los gobernantes seléucidas, abandonaron sus hogares y se fueron al desierto de Judá, entre Jerusalén y el Mar Muerto, donde se escondieron en las cuevas. Allí esperaban la venida del "reino de Dios" y llevaban una vida regida por la más estricta ley mosaica.

Son los precursores de los **esenios**, movimiento y comunidad judía, establecida probablemente desde mediados del siglo II a.C. tras la rebelión de los macabeos, y cuya existencia hasta el siglo I está documentada por distintas fuentes. Sus antecedentes inmediatos podrían estar en el movimiento hasideo, de la época de la dominación seléucida (197 a 142 a. C.). Los eruditos no están de acuerdo sobre la fecha en la que los esenios se fusionaron con la comunidad monástica. Se calcula que tuvo lugar en los años 103-76 a. C.

Mientras que un grupo de hasidim se adhería a la expectativa del final a pesar de todas las decepciones, otros hasidim se habían vuelto escépticos y separados de este movimiento. Esto les dio el nombre de "fariseos" ('separados'). Incluso en el Nuevo Testamento se percibe el escepticismo de los fariseos, cuando oyen hablar de que se acerca "el reino de los cielos" y esa es la razón por la cual Juan el Bautista renegaba de ellos: "Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira que está a punto de llegar? Haced frutos

dignos de penitencia" (Mat 3: 7). Los fariseos se negaron a reconocer las predicciones apocalípticas como inspiradas.

Durante el período helenístico, se difundió por toda Palestina la cultura griega, que introdujo grandes cambios estructurales. El panteón politeísta de los griegos ofreció la posibilidad de un sincretismo religioso o mezcla de religiones. Los dioses de los llamados "bárbaros" fueron integrados en el panteón. Se desarrolló un dualismo entre el politeísmo popular y el monoteísmo tradicional judío, que anhelaba hacer retroceder la influencia griega para preservar la identidad cultural y religiosa.

En la época romana, Palestina finalmente fue gobernada por un rey. La fe judía fue tolerada en gran medida, el culto del templo fue protegido, se suspendió incluso el culto al emperador. La sociedad judía de ese tiempo estaba dominada por la fe en el único Dios y la alineación de todos los judíos con el templo en Jerusalén.

La sociedad judía estaba compuesta por diferentes grupos étnicos, como los **saduceos**, los **fariseos** y los **zelotes**. Estaban también los llamados judíos de la Diáspora, que vivían dispersos por todo el Imperio Romano y mantenían contacto directo con la heterogénea sociedad del Imperio.

Las esperanzas religiosas de los judíos de esa época estaban puestas en las predicciones y creencias apocalípticas. La historia era una sucesión de eventos negativos. La salvación vendría con el advenimiento de un Mesías redentor y con el establecimiento del reino de Dios en la tierra.

«La Palestina era una parte del Imperio Romano. Un proletariado desocupado y hambriento poblaba las ciudades, en número sin precedentes. Luego de Roma, Jerusalén era la ciudad que en proporción tenía el mayor proletariado de esta clase. El proletariado de Jerusalén estaba en una situación peor que la del proletariado romano. No gozaba de los derechos civiles romanos. La población urbana se agotaba bajo el enorme peso de los impuestos exorbitantes. Por encima de este proletariado surgió en Jerusalén una clase económica media que, no obstante padecer bajo la presión romana, era empero económicamente estable. Por encima de este grupo estaba a su vez la pequeña pero poderosa e influyente clase de la aristocracia feudal, eclesiástica y dinerada. Las diferencias sociales estaban representadas por los grupos políticos y religiosos de los fariseos, los saduceos y *Am Ha-aretz*.

Los **saduceos** representaban la rica clase alta, pero "sus maneras no son aristocráticas" (Flavio Josefo). Por debajo de esta pequeña clase feudal superior estaban los **fariseos**, que representaban la ciudadanía urbana media y más reducida, que "son amables entre ellos y tienden a ejercer la concordia y a considerar a los demás" (íd.). Pero la clase media de los fariseos no era tan unida. Dentro del fariseísmo había contradicciones políticas en cuanto a la actitud hacia la dominación romana y los movimientos revolucionarios. El estrato más bajo del *Lumpenproletariat* urbano y de los campesinos oprimidos, los llamados **Am Ha-aretz** ('gente de la tierra'), estaban en abierta oposición a los fariseos y sus numerosos

seguidores. Estaban fuera de la sociedad judía integrada en conjunto al Imperio Romano y odiaban a los fariseos y eran despreciados por ellos. Había una oposición dentro del judaísmo palestino entre la aristocracia, las clases medias y sus líderes intelectuales, por una parte, y el proletariado urbano y rural por la otra.

El año 4 a. C. fue reprimida sangrientamente una revuelta popular en Jerusalén. En el 8 d. C., a raíz de la introducción de un censo para fines impositivos, hubo un nuevo movimiento revolucionario. Comenzó entonces la separación entre las clases baja y media. Si bien diez años antes los fariseos habían participado en la revuelta, ahora tenía lugar una nueva escisión entre los grupos revolucionarios urbanos y rurales, por una parte, y los fariseos por otra. Las clases bajas se unieron en un nuevo partido, los **zelotes**, en tanto que la clase media, bajo el liderazgo de los fariseos, estaba preparada para hacer la reconciliación con los romanos. Pero las tendencias revolucionarias perdieron su carácter político y fueron transferidas al nivel de las fantasías religiosas y las ideas mesiánicas. El ala izquierda de los zelotes formó la facción secreta de los **sicarios**, que comenzaron a ejercer una presión terrorista sobre los ciudadanos de la clase media.

Junto con las luchas políticas y sociales y los intentos revolucionarios de coloración mesiánica encontramos escritos populares inspirados por las mismas tendencias: la **literatura apocalíptica**. Primero están los "Dolores de Mesías" (Macabeos, 13:7, 8), que se refieren a sucesos que no afectarán a "los elegidos": hambre, terremotos, epidemias, guerras. Luego viene la gran "angustia" profetizada por Daniel (12,1), una época aterradora de sufrimiento y desgracia. Los elegidos serán protegidos de esta aflicción. El horror de la desolación profetizado en Daniel (9,27, 11,31 y 12,11) representa el signo último del final. Todo culminará con la aparición del Hijo del Hombre en las nubes, envuelto en gloria y esplendor.» [Fromm, 1976: 28]

FARISEO Y SADUCEOS

Los fariseos y saduceos eran corrientes religiosas distintas en la última mitad del siglo II a.C., aunque representan tendencias que vienen de más atrás en la historia del judaísmo, tendencias que se acentuaron después del retorno de Babilonia (537 a.C.).

Para la concepción farisaica de la religión, el exilio babilónico tuvo su origen en el hecho de que Israel no guardó la Ley, la Tora, y guardarla constituía una obligación tanto individual como también nacional. Pero la Torá no era simplemente "ley", sino también "instrucción". No consistía solo en mandamientos fijos, sino que se debería adaptar a las condiciones cambiantes de cada situación, y de ella podía inferirse la voluntad de Dios para situaciones no mencionadas expresamente en la ley escrita. Los fariseos defendían la doctrina de la predestinación, que estimaban compatible con el libre albedrío. Creían en la inmortalidad del alma, en la resurrección corporal, en la existencia

de los espíritus, en las recompensas y en los castigos en el mundo de ultratumba. Pensaban que las almas de los malvados quedaban apresadas debajo de la tierra, en tanto que las de los justos revivirían en cuerpos nuevos (Hechos 23:8). Centraban la religión en la observancia de la Ley, y enseñaban que Dios solamente otorga su gracia a aquellos que se ajustan a sus preceptos. De esta manera, la piedad se hizo formalista, dándose menos importancia a la actitud del corazón que las acciones exteriores.

Las enseñanzas de Jesús eran más semejantes a las de los fariseos que a cualquiera otra secta de su tiempo. Muchas de las enseñanzas de Jesús parecían estar estrechamente relacionadas con los principios básicos del fariseísmo. Quizás fue esa la razón por la que se molestaba tanto con ellos. Los acusa de ser hipócritas y pretenciosos, culminando con la diatriba: "¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación del infierno?" (Mat 23,33). Muchas de las demandas minuciosas de la tradición oral representaban una carga demasiado pesada e innecesaria, con las que los fariseos presionaban al pueblo (Mat 23,4). Con su moral, de un rigorismo atosigante, terminaron despreciando al pueblo llano porque este no conoce bien la ley y, por tanto, no es capaz de cumplirla.

Los fariseos se opusieron a Jesús y sus enseñanzas. Ellos tramaron su muerte (Mateo 12,14). Ellos fueron denunciados por él (Mateo 23). Juan el Bautista llamó a los fariseos y a los saduceos «raza de víboras» y Jesús les llamaba «sepulcros blanqueados».

Los saduceos aceptaban únicamente la Ley y rechazaban la tradición oral, negaban la resurrección de los cuerpos, la inmortalidad del alma, la existencia de un mundo espiritual (Marcos 12,18, Lucas 20,27, Hechos 23,8). Apoyaron la rebelión de los macabeos. Eran un grupo relativamente pequeño. Tenían la idea de que la riqueza que ellos tenían era la garantía del favor que Dios les dispensaba. El bienestar de sus vidas presentes era ya un juicio de aprobación divino y no tenían necesidad de otra vida, y menos la vida que predicaba Jesús: el Reino de Dios.

De los saduceos, Flavio Josefo dice que los saduceos eran "más duros y faltos de amor que todos los demás judíos y que, además, eran los más ricos. Perteneían a la nobleza sacerdotal. Constituían un movimiento conservador que solo aceptaba la ley escrita, rechazando la tradición oral que aceptaban los fariseos. No aceptaban la resurrección de los muertos porque no se encontraba literalmente en la Torá. Son el único grupo que no admitía la resurrección en tiempos de Jesús. Su moral era muy rígida, comparada con la de los fariseos, que eran más humanistas, más comprensivos con las debilidades humanas. Esto nos hace desconfiar de la autenticidad de los datos evangélicos que dirigen indiscriminadamente acusaciones de Jesús a fariseos y saduceos. Los evangelios hacen escasa mención de los saduceos, concretamente cuando se habla del sumo sacerdote en relación con la muerte de Jesús. Mientras que los fariseos están ausentes en el momento de su condena. El espíritu libre de Jesús debió chocar con los intereses de la casta sacerdotal, acomodada al poder de la ocupación romana. Al final, los saduceos fueron los verdaderos adversarios de Jesús y los que lo entregaron a las

autoridades romanas. El ataque frontal de Jesús al templo cuestionaba la base existencial de la casta sacerdotal y los saduceos eran los responsables últimos de la institución sagrada del templo, una institución que para Jesús (lo mismo que para los esenios) estaba dominada por la corrupción.

Los saduceos denunciaron a Juan el Bautista (Mateo 3,7-8) y a Jesús (Mat. 16:6). Se opusieron activamente a Cristo (Mateo 21,12 ss., Marcos 11,15 y siguientes; Lucas 19,47) y a la Iglesia apostólica (Hechos 5,17;33).

ZELOTES Y SICARIOS

«Jesús no era un hombre de armas, pero no condenó la violencia celota. No fue, pues, un pacifista al uso de hoy» [Antonio Piñero]

El término zelote se deriva del zelos = celo, diligencia, esmero en hacer algo. Los **zelotes** son, pues, celosos, decididos, comprometidos, con un matiz de fanatismo. Celosos de la ley, esperan ardientemente al mismo tiempo el advenimiento del reino de Dios para un futuro muy próximo.

Los zelotes propiamente dichos, con un programa de reforma radical del culto del templo y del sacerdocio vigentes; de otro, los **sicarii**, designación latina, literalmente "hombres de cuchillo", con un programa más bien político, encaminado a la expulsión de los romanos y al establecimiento de un poderoso reino de Israel. Pero en ambos grupos se rozaban fe y política.

La resistencia frente a los ocupantes romanos era, en tiempos de Jesús, el problema por excelencia de Palestina, problema a la vez religioso y político.

LOS ESENIOS DE QUMRÁN

El grupo matriz de la secta esenia habría sido el de los hasidim (los 'piadosos'). Estos hasidim eran los judíos conservadores, apegados a la Ley y opositores de sus compatriotas helenizados. Pese a su celo, los hasidim mantuvieron su independencia política, ya que solo acompañaron el proyecto de los Macabeos mientras estos fueron respetuosos de la Ley. De estos hasidim surgieron dos corrientes divergentes en las prácticas religiosas: los fariseos (los 'separados'), que buscaban el sentido práctico de la Ley, y los esenios, que perpetuaron la tradición hasídica de la pura observancia de la Ley.

Los esenios eran una comunidad de puristas, que se llamaban "Hijos de la luz". Era una comunidad relativamente pequeña, comparada con el número de miembros, la fama del grupo de Qumran es desproporcionada. Su objetivo era la esencia misma del judaísmo y volver a los comienzos de Israel. Eran un grupo realmente muy radical, con el objetivo de separarse de los pecadores, de la clase sacerdotal con la que estaba en disputa en Jerusalén. Creían vivir en el final de los tiempos y se veían con una función en el plan divino de la salvación.

Los esenios eligieron Qumrán por ser la entrada por donde, según la tradición bíblica, el pueblo de Israel llegó a la Tierra Prometida después de 40 años de travesía por el desierto. Qumrán está cerca de la orilla israelí del Mar Muerto, de donde las enseñanzas de los esenios han tomado el nombre como

Manuscritos del Mar Muerto, Rollos del Mar Muerto o Manuscritos del Mar Muerto, hallados entre 1946–1947 y 1956 en las cuevas excavadas en roca de la zona de Qumran. Las Cuevas del Qumran están situadas en la costa noroccidental del Mar Muerto, a 25 km. al este de Jerusalén. Estos manuscritos se relacionan con un momento histórico clave para Occidente, pero también son las llaves para la comprensión del Cristianismo primitivo. El 90% están escritos en hebreo; entre un 8-9%, en arameo y solo un porcentaje pequeño en griego.

Realmente, no hay ninguna referencia directa que tenga que ver con Jesús o con los primeros cristianos. No hay referencia a Juan Bautista, a Pedro, Pablo o Santiago en los Manuscritos del Mar Muerto. Los textos que conforman el Nuevo Testamento no dicen nada de ellos. Hablan de los fariseos, de los saduceos, pero nunca mencionan a los esenios. Las fuentes rabínicas tampoco les incluyen. ¿Qué relación había entre la secta de los esenios y la de los primeros cristianos? Se barajan muchas conjeturas, pero hay pocas certezas. ¿Por qué ese silencio alrededor de este grupo que, a pesar de instalarse en el desierto, debió tener cierta influencia en su entorno social? ¿Los esenios no fueron conocidos en su momento o se les quiso olvidar de manera premeditada?

Los esenios no se mencionan en la Biblia, solo tenemos noticias de ellas a través del historiador judío romanizado Flavio Josefo (37–101) en su obra *Las guerras de los judíos* (78 d.C.):

«Entre los judíos había tres sectas filosóficas. Los secuaces de la primera son los fariseos, los de la segunda los saduceos y los de la tercera, que tienen la reputación de una mayor santidad, reciben el nombre de esenios. Éstos son judíos de nacimiento, y los unen lazos de afecto más fuertes que los de las otras sectas. Rechazan los placeres, estiman la continencia y consideran como una virtud el dominio de las pasiones. Permanecen célibes, y eligen los hijos de los demás, mientras son maleables y están a punto para la enseñanza, los aprecian como si fuesen propios y los instruyen en sus costumbres. No niegan la conveniencia del matrimonio ni pretenden acabar la generación humana, pero se guardan de la lujuria femenina, convencidos de que ninguna mujer es fiel a un solo hombre.

Esta opinión la sostenían todos ellos, es decir, los cuerpos son corruptibles y su materia no es permanente; sus almas son inmortales, imperecederas, proceden de un aire sutilísimo y entran en los cuerpos, donde se quedan como encarceladas, atraídas con halagos naturales. Cuando se libran de las trabas de la carne se regocijan y ascienden alborozadas como si escapasen de un cautiverio interminable. Las buenas almas, y en esto coinciden con la opinión de los griegos, tienen sus moradas allende el Océano, en una región exenta de lluvia, nieve y calor excesivo, porque es refrescada de continuo por la suave caricia del viento occidental que llega a través del Océano. Las almas malas van a un paraje oscuro y tempestuoso, henchido de castigos eternos.»

Los esenios desaparecieron con la destrucción de Jerusalén por los romanos en el año 70 d. C.

Respecto a si Jesús perteneció a la congregación de los esenios o compartió sus puntos de vista, se sabe por los evangelios sinópticos que es posible que Jesús haya celebrado la Pésaj (Pascua judía) en la fecha indicada en el calendario seguido en Qumrán, ya que los mismos indican claramente que la última cena fue una celebración de Pascua y, además, que la unción de Betania ocurrió dos días antes de la fiesta de los panes sin levadura y la Pascua, mientras que el evangelio de Juan indica que la unción de Betania fue seis días antes de la Pascua y Jesús murió el día anterior a la Pascua oficial. La Biblia, sin embargo, no menciona el término «esenio»; tampoco se ha encontrado una fuente histórica en hebreo o arameo que designe a alguna comunidad o credo con el nombre griego de «esenios», y los rollos de Qumrán usan designaciones como «comunidad de los santos», «congregación de los pobres» y «asamblea de los numerosos».

Hay un ejemplo de la conexión entre esenios y primeros cristianos en el Sermón de la Montaña: Cuando Jesús dice una frase en la que cita la famosa frase bíblica, “amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo”, Él agrega: “y yo digo, amarás a tu enemigo”.

Las relaciones entre cristianismo y esenismo son notables en cuanto a creencias como el mesianismo y la vida de premios y castigos en el más allá. Con relación a la Ley se ve apertura y flexibilidad en ambas corrientes. La práctica cotidiana de ambos grupos muestra diferencias y similitudes interesantes, sobre todo en lo que se refiere a los exorcismos, la relación con el calendario, las fiestas y los castigos. Varios intelectuales de inicios del siglo XX hacían del cristianismo un esenismo triunfante. Pero hay que subrayar las grandes diferencias: El cristianismo se configuró como una religión urbana y abierta a judíos y gentiles; el esenismo era elitista, cerrado y anclado en los postulados legales mosaicos. El cristianismo dio un salto universalista del cual el esenismo era incapaz.

«Curiosamente, los esenios no aparecen nombrados en el Nuevo Testamento a pesar de su importancia. Sin embargo, algunos investigadores creen que los autores del Nuevo Testamento los nombran bajo las denominaciones de «escribas y doctores de la Ley», porque su fuerte era el estudio de las Escrituras. En el siglo I d.C. formaban un grupo general de unos cuatro mil (Josefo, *Antigüedades de los judíos*, XVIII 1,5), repartidos por toda Judea: vivían en comunas, normalmente en el extrarradio de las ciudades.

De este número unos pocos se habían retirado al desierto cercano al mar Muerto en un paraje conocido como Qumrán. Los esenios eran también, como los fariseos, un movimiento en pro de la renovación y restauración de Israel y luchaban contra la asimilación de los judíos al espíritu del helenismo. Procuraban también, como los fariseos, la más extrema pureza ritual y un respeto ultraexigente por la Ley; no tenían propiedad privada, sino que los salarios obtenidos por los miembros del grupo eran, en general, entregados a administradores comunes que proveían a las necesidades de cada uno. Se

consagraban fundamentalmente a la agricultura, no se ocupaban de la fabricación de armas y se alejaban de cualquier tipo de comercio salvo con otros afiliados a la secta. Sus comunidades estaban abiertas a la recepción de nuevos miembros que estuvieran dispuestos a vivir la vida rigurosa y los ideales religiosos del grupo. Se permitía el matrimonio, pero algunos de ellos eran célibes, pues mantenían serias objeciones contra la corrupción de la mujer y la concupiscencia en general.

No hay una presencia de ideas esenias en el Nuevo Testamento mayor que las fariseas, por ejemplo. Todas estas similitudes se explican porque el fariseísmo, el esenismo y el cristianismo son teologías hermanas, nacidas de un mismo tronco común. Sí parece cierto que la organización de la comunidad primitiva de Jerusalén —que también esperaba un fin del mundo inmediato como los esenios— tenía muchos rasgos que recuerdan a los de una comunidad de este tipo. Una influencia no está descartada en, por ejemplo, las designaciones de la comunidad (los «santos»; los «pobres»; los «pobres de espíritu»; la «nueva alianza»), en el sistema de vida y los bienes en común que implica una cierta mística comunitaria; en los modos de interpretar la Escritura como profecías referidas al tiempo presente, tiempo mesiánico y del final («escatológico») que estaba viviendo la comunidad, etcétera». [Piñero: *Guía*, 101 ss.]

DIVINIZACIÓN DE PERSONAJES HUMANOS EN QUMRÁN

En los documentos de Qumrán encontramos dos textos sorprendentes 4Q246 o 4QHijo de Dios y 11Q13 o HQMelquisedec, que pueden aclarar al menos cómo era posible en el judaísmo de la época una cierta divinización de personajes humanos. Estos pasajes son comentados del siguiente modo por Florencio García Martínez, editor y traductor de los textos del mar Muerto (*Textos de Qumrán*, 1992):

«El protagonista, cuyo nombre no se ha conservado, pero que parece modelado sobre la figura de Daniel, cae ante el trono del Rey y le explica el contenido de una visión en la que se anuncia una conflagración futura en la que intervendrán el rey de Asiría y el de Egipto. En ese momento intervendrá un personaje misterioso al que se le dan los nombres de «hijo de Dios» e «hijo del Altísimo». A su aparición seguirán tribulaciones, que serán pasajeras y sólo durarán hasta que «haga alzarse al pueblo de Dios». Su reinado será un reino eterno, vencerá a todos los pueblos con la ayuda de Dios, establecerá la paz y dominará incluso sobre los abismos... En nuestra opinión el personaje misterioso al que se le aplican los títulos de «hijo de Dios» e «hijo del Altísimo» (que proporcionan un paralelo exacto a Lc 1,32) es un personaje de naturaleza angélica cuyas funciones son semejantes a las que 11Q Melquisedec atribuye a la figura celeste de Melquisedec, o 1QM a la figura celeste del «Príncipe de la Luz» o al arcángel Miguel. Y puesto que estas funciones son presentadas como mesiánicas —efectuar la liberación escatológica, juzgar a toda la tierra, vencer a todos los enemigos con la fuerza de Dios y dominar sobre el universo entero— y el personaje es descrito con los rasgos del Hijo de hombre de Daniel, creemos que este personaje celeste se puede describir perfectamente como

mesiánico. Este fragmento, pues, nos atestiguaría la esperanza (judía) en una figura mesiánica del mismo tipo de la que aparece en las Parábolas de Henoc y en el libro IV de Esdras, un mesías de origen celeste al que se atribuye el título de «hijo de Dios».

El (segundo) texto presenta a Melquisedec como jefe de los ejércitos celestes, de los «hijos de Dios» que vence a los ejércitos de Belial. Está claro que de alguna manera identifica al personaje con el «Príncipe de la Luz» (1QS III 30...) y con el arcángel Miguel (1QM XVII 6-7) que desempeñan las mismas funciones. Es decir, que Melquisedec es presentado en este texto como un personaje celeste y por eso se designa como un 'elohim («dios» o «ser celestial») y se habla del «lote de Melquisedec» y «del año de gracia de Melquisedec», sustituyendo con su nombre las expresiones bíblicas que se referían a Dios mismo.

Y puesto que a este personaje celeste se le atribuyen las funciones de efectuar el juicio, librar a los cautivos y establecer la era de la salvación, funciones características del mesías, podemos considerar a esta figura celeste como representante de ese tipo de mesías que hemos encontrado en 4Q246 y en las representaciones del «hijo de hombre» que parten de Dn 7 y culminan en el Nuevo Testamento, pasando por las Parábolas de Henoc y por el libro IV de Esdra (pp. 84-85)». [Citado por Antonio Piñero: *Guía...*, 84 s.]

«En el mundo judío normal representaría ciertamente un concepto nuevo de mesianismo la noción de un mesías aparentemente fracasado, que sufre pasión y muerte, pero que luego resucita en gloria. Pero incluso para estos conceptos, que hasta hace poco se consideraban exclusivos del cristianismo, han aparecido documentos entre los manuscritos del mar Muerto (aunque pocos, ciertamente: 4Q471b; 4QHa fr. 7) que nos señalan que también en estas nociones pudo tener el cristianismo sus precedentes dentro del judaísmo». [Piñero: *Guía*, 85]

JUAN BAUTISTA, EL PRECURSOR DE JESÚS

Algunos mantienen que Juan Bautista estaba influenciado por el movimiento semi-ascético de los esenios, que esperaban un apocalipsis y practicaban rituales muy relacionados con el bautismo. Sin embargo, no hay signos esenios en su persona o en su rito bautismal, muy distinto de las abluciones y baños rituales esenios. Además, la apertura de la predicación del Bautista, quien se dirige a fariseos, a saduceos e incluso a soldados, traiciona el ideal exclusivista de la secta esenia.

Según el Nuevo Testamento, Juan anticipó a una figura mesiánica mayor que él y el que vino fue Jesús. Los cristianos hablan de Juan como si fuera el precursor de Jesús por haber anunciado su venida. Juan también tiene elementos en común con el profeta Elías. Juan Bautista negaba claramente ser el Cristo, Elías o "el profeta", y en lugar de eso se definía a sí mismo como "la voz que clama en el desierto". Los judíos de la época de Jesús esperaban que Elías viniera antes del Mesías.

Juan el Bautista parece haber pertenecido a los esenios, pero al apelar a los pecadores para ser regenerado por el bautismo, se inauguró un nuevo movimiento, que condujo a la aparición del cristianismo. El silencio del Nuevo Testamento acerca de los Esenios es quizás la mejor prueba de que proporcionó la nueva secta con sus principales elementos, tanto en lo que respecta al personal y puntos de vista.

La similitud en muchos aspectos entre el cristianismo y el esenismo es sorprendente: la comunidad de bienes, la misma creencia en el bautismo o el baño, y en el poder de la profecía, la misma aversión al matrimonio, reforzada por más firme la creencia en el advenimiento mesiánico; el mismo sistema de organización y, sobre todo, el concepto del amor como ágape, comidas fraternas. Además, entre la ética y las enseñanzas apocalípticas de los evangelios y las epístolas de San Pablo y las enseñanzas de los esenios, la semejanza es tal que la influencia apenas se puede negar.

Sin embargo, la actitud de Jesús y sus discípulos es totalmente anti-esenios, una denuncia y repudio de rigor esenio y el ascetismo, pero, singularmente suficiente, mientras que la guerra romano hizo un llamamiento a los hombres de acción, tales como los zelotes, los hombres de un mundo más pacífico y carácter visionario, que se había convertido previamente esenios, eran cada vez más atraídos por el cristianismo, y por lo tanto dio a la Iglesia su carácter sobrenatural, mientras que el judaísmo tuvo una visión más práctica y terrenal de las cosas.

EL LEGADO DE FILÓN DE ALEJANDRÍA

Filón de Alejandría (en griego, Φίλων ὁ Ἀλεξανδρεὺς; en hebreo, הכהן ידידיה), también llamado Filón el Judío (15 a. C.–45 d. C.), nació en el ámbito de una familia judía rica y muy helenizada. Fue uno de los filósofos más renombrados del judaísmo durante el período helenístico. Su lengua materna fue el griego, no el hebreo, y fue educado a la manera griega al cuidado de los mejores maestros. Llegó a conocer muy bien la lengua, la historia y la filosofía griegas. Gracias a la lectura de la Biblia, al culto frecuente de la sinagoga, en el que participaba de modo asiduo, Filón estaba familiarizado con la liturgia, los métodos de exégesis y con la apologética de los judíos helenísticos.

El pensamiento de Filón concilia la filosofía griega y el judaísmo, que intenta armonizar mediante el método alegórico, que toma tanto de la tradición exegética judía como de la filosofía estoica. Su idea fundamental era que la religión judía contenía las mejores expresiones de! espíritu humano ayudado por la revelación divina, pero que estas ideas estaban también dispersas en lo mejor del mundo de la cultura helenística, sobre todo en la filosofía de Platón, y que era posible una hermanación de ambos pensamientos, el judío y el griego.

A partir del siglo III a. C., tuvo lugar el encuentro de la fe judía con la filosofía griega en el contexto de la comunidad judía de Alejandría. Allí los intelectuales hebreos, muy especialmente Filón de Alejandría, concibieron una forma de profundizar en su fe bíblica con los instrumentos de la razón griega. Era una

teología convencida de que la fe mosaica y la filosofía griega coincidían en su aspiración a la verdad. A partir de la destrucción de Jerusalén del año 70, el judaísmo interrumpirá ese prometedor diálogo entre fe y razón, y se conformará con elaborar comentarios a la Torá, y a los demás libros de la Escritura.

Para Filón, hay un único Dios, incorpóreo e increado, inaprensible para la inteligencia humana. Entre el Dios Uno y los hombres se encuentra el Logos (en letras griegas λόγος), traducción que hace de los conceptos hebreos Memra (Ma'amar מֵאָמַר o Dibbur דִּבּוּר), expresión de la actividad intelectual del Dios Uno, al que se debe la creación del mundo. Es el intermediario entre Dios y los hombres. Es el más antiguo de los seres; es el hijo primogénito de Dios; es la imagen de éste. El Logos, sin embargo, es inferior a Dios, se halla en la frontera que separa la creación de lo creado. No es ingénito como Dios, ni engendrado como los hombres, sino intermedio entre los dos extremos. Por debajo del Logos se encuentran las Potencias (atributos divinos), por medio de las cuales el Dios Uno actúa sobre el mundo. Es un precedente del neoplatonismo de Plotino.

«Filón nos ayuda a situar bien el ambiente en el que se desarrolla la interpretación de la Biblia en los inicios del cristianismo. Toda la teología del Nuevo Testamento, que comienza con la cristología (es decir, la ciencia de Jesús como «cristo» o mesías), se basa en una interpretación especial de determinados textos bíblicos del Antiguo Testamento, que –dicen los cristianos– apuntan o predicen la vida, figura y misión de Jesús. Parte del modo como los cristianos leen la Biblia está inspirado si no en Filón directamente (aunque esto no es imposible en algunos autores), sí al menos en el modo y estilo de hermenéutica que él contribuyó a difundir antes del nacimiento del cristianismo.

Filón fue un ejemplo a seguir en el momento de encontrar en el Antiguo Testamento, y por medio de la alegoría, figuras y tipos del mesías que había aparecido en Jesús. Según Filón, la Biblia es el libro básico de toda religiosidad porque es el único divinamente inspirado. En concreto el Pentateuco (los cinco primeros libros de la Biblia) fue escrito por el profeta Moisés y es, a través de su mediación, palabra de Dios. La manera de interpretar la Biblia por parte de Filón es fundamentalmente la alegoría. En esto seguía los pasos de ciertos filósofos paganos como los estoicos que habían interpretado alegóricamente los versos de los dos libros básicos de la educación griega, la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero, encontrando en ellos gracias a este método una especie de revelación escondida de todas las verdades divinas y humanas. Continuaba también por parte judía una tradición de autores anteriores a él (como, por ejemplo, Aristobulo, del siglo 11 a.C., quien como exegeta puso las bases para una interpretación alegórica de las Escrituras) que habían adoptado este sistema interpretativo en obras de divulgación bíblica orientadas hacia lectores judíos y paganos.

Para Filón la Biblia tiene dos sentidos. Uno patente y visible: el sentido literal y obvio de cada texto; otro no patente e invisible, el sentido espiritual o

profundo que se debe descubrir en cada caso. No siempre, ni mucho menos, el sentido literal será el más interesante. Para Filón ese sentido coincide de uno u otro modo con lo mejor y más espiritual del pensamiento griego, en especial platónico y estoico, y piensa que el lector bien preparado lo hallará iluminado por el Espíritu. El camino aparece preparado así para una interpretación de la Biblia razonable, pero pluriforme y libre. Con este mismo espíritu los cristianos presentarán su propia interpretación, aunque no precisamente para tender puentes con el helenismo, sino para encontrar a Jesús en textos donde en apariencia no está.

Dentro del mundo de ideas que Filón cree poder obtener del mundo bíblico hay algunas que son dignas de mención, pues resuenan a nociones que se encuentran en el Nuevo Testamento. Es imposible afirmar con seguridad si los autores de este corpus las toman o no de Filón, pero sí puede quedar claro que en el momento del nacimiento de la teología cristiana hay un ambiente preparado para ideas que pueden sonar a muy cristianas, pero que tenían ya una larga historia dentro del judaísmo.

Por ejemplo, las especulaciones que en torno a la Sabiduría divina había efectuado el judaísmo helenístico, por influencia del sistema platónico popularizado, para intentar explicar las acciones de Dios hacia el universo. Así, para este judaísmo, y para Filón, la creación del mundo no se produjo directamente por Dios, sino a través de una entidad divina que protegía su trascendencia. Dios no se mezclaba directamente con el mundo. La creación fue obra del Logos, Razón o Sabiduría divina, que actuó de intermediaria y guardó las distancias entre lo absolutamente otro y la finitud humana.

El Logos es un «segundo Dios»: la divinidad se proyecta hacia fuera por su medio, su Potencia crea el universo, y su Luz brilla sobre la creación (ver Cuarto Evangelio, Prólogo). La Sabiduría divina «se encarna» en diversos personajes humanos, o en los ángeles (sólo en metáfora, no realmente a diferencia del cristianismo) inhabita en espíritu dentro de ellos, y de este modo puede actuar sobre la tierra. Veremos cómo en los Evangelios sinópticos la Sabiduría divina descenderá realmente a la tierra y se encarnará en una persona concreta, Jesús de Nazaret (Mt 11:2,19 y Mt 11:19 contrastado con Lc 11,49). El Jesús del Evangelio de Juan imparte el Espíritu, o la sapiencia (Jn 4,10 y 7,37-39) al igual que según el Libro del Eclesiástico actúa la Sabiduría divina (Eclo 24,21).

Filón sirve además de introductor dentro del judaísmo de parte del pensamiento de los estoicos. Así de estos filósofos toma Filón el elevado sentido de lo ético como lo mejor de la filosofía. Pero el sabio filoniano –al contrario que el estoico– basa su sabiduría en una ley que está fuera de sí mismo, una ley fundamentada no en el Universo y la Razón, sino en la existencia de un Dios personal, espiritual, individual, del que manan todos los bienes, y en la Ley por él otorgada. Eso como norma general.

Al interpretar en multitud de ocasiones la ley de Moisés alegóricamente Filón contribuyó en modo notable a superar la dificultad que sentían los paganos ante el cumplimiento de unas normas que les parecían necias o insufribles. La

ley de Moisés es ante todo para Filón la ley moral universal que concuerda con la ley natural.

Lo importante de la Ley es el Decálogo, que es válido para todos los seres humanos sin excepción. Para Filón todo pagano virtuoso que se convierte de su mala vida a la rectitud de la ley moral está muy cercano del verdadero Israel. Estas ideas allanarán el camino de Pablo de Tarso cuando discuta la validez de la ley de Moisés.

Filón contribuye también a expandir entre los judíos una antropología dualista, es decir, el hombre está compuesto de alma y cuerpo, que implica la inmortalidad de la primera, y exhorta al desprendimiento necesario de todo lo material para alcanzar lo espiritual y divino. Estas ideas apuntalarán fácilmente la concepción de una supremacía del mundo celestial sobre el terreno, de lo invisible sobre lo visible, de la razón sobre la materia y del alma sobre el cuerpo». [Piñero, l.c., 111 s.]

EL LEGADO DEL HELENISMO

Se denomina período helenístico o helenismo o periodo alejandrino (por Alejandro Magno) a una etapa histórica de la Antigüedad cuyos límites cronológicos vienen marcados por dos importantes acontecimientos políticos: la muerte de Alejandro Magno (323 a. C.) y el suicidio de la última soberana helenística, Cleopatra VII de Egipto, y su amante Marco Antonio, tras su derrota en la batalla de Accio (31 a. C.). Es considerado como un período de transición entre el declive de la época clásica griega y el ascenso del poder romano. A finales del siglo II a. C., y tras 150 años de enfrentamientos y debilitamiento de todas las ciudades, Grecia cayó finalmente bajo la dominación romana.

Podrá sorprendernos la cantidad e importancia de ideas religiosas, nacidas de lo mejor de la religiosidad pagana fuera del ámbito del judaísmo que pudieron ayudar a conformar el entramado teológico del Nuevo Testamento.

El mundo principal de los autores del Nuevo Testamento es el de Israel. Pero el Nuevo Testamento no nace en un ambiente puramente judío, sino en uno profundamente helenizado, un universo que había absorbido lentamente con el paso de más de tres siglos una serie de nociones del mundo griego: de la religión, de la filosofía y de la cultura en general. Los autores del Nuevo Testamento conocían bien esta atmósfera religiosa pagana, y en algunos casos utilizaron parte de su lenguaje para atacar las ideas de fondo de esa religiosidad o para mostrar que su mensaje y su oferta espiritual eran superiores. En otros casos los autores cristianos aceptaron no sólo el lenguaje, sino las nociones que éste vehiculaba y emplearon ambos, conceptos y vocabulario, para dar mejor cuerpo y figura a las riquezas teológicas que traían desde su mundo materno, el judío. La disciplina científica de la Historia de las religiones piensa que en algunos casos ideas procedentes de la religiosidad del mundo pagano no sólo sirvieron para explicar la manera de entender la teología judía por parte de los cristianos, sino que ejercieron tal

influjo en los autores del Nuevo Testamento que moldearon decisivamente la presentación del mensaje y figura de Jesús hecha por éstos.

Por ello –se dice– el Nuevo Testamento y el cristianismo no se pueden entender sólo considerándolos como un producto derivado de la religión judía, sino como una mezcla de judaísmo y ciertos aspectos de la religiosidad pagana circundante.

Divinización de seres humanos

«La muerte violenta de Julio César contribuyó en extremo a idealizar su figura. Su sucesor, Augusto, promovió todo lo que pudo la idea de que tras su fallecimiento César, personaje tan importante para la conformación de la idea de un gobierno universal, había sido acogido en la esfera de los dioses. Con ello daba realce también indirectamente a su figura, pues él se convertía al mismo tiempo en *divi filius*, «hijo de un dios». A los ojos de la mayoría de los habitantes del Imperio, sobre todo en Oriente, Julio César –y luego el mismo Augusto y sus sucesores– fueron el tipo más inmediato de un ser humano que asciende al ámbito de la divinidad. Las gentes de la época admitían sin especiales dificultades tal idea. Cuando aceptó el culto al Emperador, que conllevaba erección de templos, un sacerdocio especial y sacrificios y plegarias ante las imágenes de los soberanos, el mundo de Roma con sus provincias no hizo otra cosa que unirse a una corriente ampliamente existente ya en todo el Medio Oriente: los faraones, incluso los sucesores de Alejandro Magno, eran para las masas iletradas de Egipto la encarnación de los dioses, y anteriormente en la religión asirio-babilónica el monarca, aunque no un dios propiamente, era el representante natural de la divinidad por razón de su cargo. Una inscripción del siglo I a.C. proclamaba que Antíoco 1 de Comagene era «gran rey, dios justo, divinidad manifiesta a los hombres».

En Grecia misma (incluida Asia Menor) esta tendencia a divinizar a seres humanos y a considerarlos salvadores no era ni mucho menos desconocida gracias a la ya antigua costumbre de conceder honores divinos a determinadas personas dotadas de poderes especiales (los «héroes», convertidos en semidioses tras su muerte). Igualmente, el mundo helenístico-romano estaba ya acostumbrado a que las buenas noticias de la salvación aportada por esos seres semidivinos se denominaran «buena nueva» o «evangelio».

Otros textos parecidos nos hablan de la «salvación» que aporta el soberano, la «gracia, la bondad y el amor por la humanidad (filantropía)» del emperador, de su «parusía» y de su «epifanía». Encontraremos una terminología semejante en el Nuevo Testamento aplicada a Jesús. Parte de la cristología (es decir, la «ciencia» sobre

Jesús como «cristo» o ungido = mesías se conforma en contraste con el culto al Emperador. Por un lado se criminaliza este culto. Así en el relato de las tentaciones de Jesús Satanás aparece dibujado como un remedo de Gayo Calígula –que ofreció reinos a sus amigos personales, Agripa I, por ejemplo– cuando intenta atraer a Jesús presentándole todos los reinos de la tierra, que serán suyos si le adora (gr. *proskynéo*, el mismo vocablo que se utiliza para designar el acto de doblar la rodilla ante el Emperador y aceptarlo como un

dios viviente: Mt 4,9). Igualmente en Me 13,14 donde el Nuevo Testamento se hace eco del deseo de este mismo Calígula de entronizar una estatua suya en el templo de Jerusalén, y lo califica como «desolación abominable».

El Imperio romano que busca la adoración del mundo entero es la Bestia o Satanás en el Apocalipsis (cap. 13). Pero, por otro lado, el Nuevo Testamento utiliza conceptos del culto al Emperador: se hablará de la epifanía del Señor, de su parusía, del «evangelio», y en los primeros capítulos de los Hechos de los apóstoles se expresan los inicios de la cristología afirmando que Jesús fue constituido tras su muerte mesías, «señor» e hijo de Dios en poder (como Augusto declarado sin ambages *divi filius*, «hijo de un dios» en vida y dios tras su fallecimiento).

El mensaje claro del cristianismo primitivo será: toda la divinidad que pueda creerse que reside en el Emperador muerto, o aún en vida, está por derecho propio y en un grado más perfecto en Jesús resucitado». [Piñero, l. c., 119 s.]

Concepciones de ultratumba

«En el mundo griego, a partir del siglo vi a.C, época en la que empezaron a circular diversas teogonías («doctrina sobre la generación de los dioses») que tenían como pretendido autor a Orfeo, comienza a difundirse una doctrina coherente sobre el destino de los seres humanos tras la muerte. Era ésta el resultado de una concepción del hombre como dividido en dos partes distintas: alma, superior, espiritual, y cuerpo, inferior, material. Lógicamente estas dos partes tan diversas debían tener diferentes destinos.

En aquella época el judaísmo aún no sabía nada de la existencia del alma, del mundo futuro y de la retribución divina como lo demuestra la lectura de algunos pasajes del Antiguo Testamento. En la misma Grecia tal división del ser humano suponía una radical novedad de la que había que extraer las consecuencias.

Así se llegó a la convicción –particularmente por la necesidad de buscar en otro mundo una justicia que en el presente brilla muchas veces por su ausencia– de la existencia de premios y castigos para los humanos tras la muerte, repartidos por la divinidad según hubiera sido su comportamiento en esta vida.

Estas ideas sobre la vida de ultratumba se desarrollaron primero en pequeños grupitos, pero pronto ejercieron sobre el pueblo sencillo de Grecia una notable influencia, al parecer por la difusión de poemas con estas ideas, por las prédicas de «misioneros» órficos, que hacían descender de Orfeo sus doctrinas, y de filósofos ambulantes, discípulos de Pitágoras, y finalmente por la participación de las gentes en iniciaciones religiosas, o «misterios» desde unos cinco siglos antes del nacimiento del cristianismo. Así pues, los iniciados, los poetas y los filósofos callejeros propagaron la creencia en la inmortalidad de la mejor parte del hombre, el alma, y la convicción de la existencia de lugares en otro mundo donde se premia o castiga a los humanos tras la muerte.

Ciertos filósofos principalmente expandieron también la imagen del «filósofo santón, hombre divino», que practicaba una vida austera y virtuosa, que procuraba un continuo contacto con Dios y que creía firmemente que, superado el lapso de tiempo de esta vida, se reencontraría con la divinidad en el otro mundo junto a la cual permanecería para siempre su alma inmortal.

Las doctrinas órficas y pitagóricas sobre la inmortalidad del alma fueron aceptadas y defendidas con nuevos argumentos por Platón y su escuela, el platonismo, a partir del siglo IV a.C., quienes hicieron suyas también las nociones de los castigos ultraterrenos igualmente por la necesidad de justificar la justicia divina al menos en otro mundo.

La versión popularizada del sistema platónico, que se expandió notablemente por el mundo antiguo, contribuyó al realce y aceptación general de todas estas nociones. La unión del pensamiento filosófico con la imaginación popular llevó a pensar que no podían estar en el mismo lugar las zonas de castigo y las de los premios. Por ello, el emplazamiento del lugar de la felicidad ultraterrena comenzó a concebirse como situado en las alturas, en el cielo, más allá del mundo lunar, o en lugares alejados y misteriosos como las «Islas de los bienaventurados», o «Campos elíseos», y las áreas de castigo se imaginaron localizadas en el lóbrego fondo de la tierra, en el Hades, también llamado Averno. Tártaro o Infera (zona inferior, los infiernos).

Las descripciones de la bienaventuranza que se disfrutaba en los lugares de recompensa no variaba mucho: se insistía sobre todo en las nociones de «reposo» tras la fatiga de la vida, en la «contemplación feliz de Dios, o en la participación en un «banquete» perdurable con los dioses en un gozo eterno. Las descripciones de los castigos eran muy semejantes en todo el Mediterráneo: terrible oscuridad, dolores espantosos, fríos o calores insoportables, desgarros y otros tormentos con una duración larguísima o eterna.

Ya desde el siglo II a.C. estas ideas fueron acogidas con gozo por el judaísmo helenístico, ya que le servían de maravilla para completar algunas lagunas teológicas de sus libros sagrados. El Antiguo Testamento en líneas generales no conoce la idea de la inmortalidad del alma, de la resurrección y de la vida ultramundana. Esta aceptación de las ideas griegas sobre el más allá por parte del judaísmo helenístico a partir de los siglos III y II a.C. se transmitirá íntegra a la época de Jesús y tendrá enormes consecuencias para la visión de los «novísimos» (los momentos finales del ser humano: muerte, juicio, resurrección, gloria/infierno) del Nuevo Testamento y del cristianismo». [l.c., 120 s.]

Los "misterios" – Las religiones místicas

Se califica como religión mística o religión de misterio a aquella que intenta transmitir el conocimiento a través de la experiencia. Presenta entonces ciertos misterios que no se plantea explicitar, toda vez que los detalles doctrinales han de conocerse a través de la experiencia iniciática ritual y no mediante la palabra o la razón. Las razones para escoger esta vía pueden ser varias. Desde la defensa de la propia comunidad ante represalias de colectivos

mayoritarios, protección de intereses personales, la vivencia de pertenecer a una sociedad exclusiva, o simplemente la imposibilidad de explicar racionalmente esos datos relacionados con la religión.

Por lo tanto, más que una religión es un modo de vivir una religión, existiendo a lo largo de la historia de las religiones muchas que pueden encajar en este tipo. El secretismo y exclusivismo de algunas de estas religiones místicas conlleva una serie de ritos iniciáticos, y frecuentemente un periodo de preparación y de pruebas, antes de aceptar a un nuevo adepto en la comunidad. Estas ceremonias recibían el nombre de misterios.

Se ha afirmado que las religiones místicas parecen surgir en la Antigüedad egipcia, en relación con los dioses Isis, Serapis y Anubis. También se observa su existencia en religiones frigias, como el mitraísmo, así como en el culto a Atis y Cibele. Los misterios egipcios parecen ser los más antiguos, y los de Isis y Osiris llevados a Roma bajo este nombre, dieron sin duda nacimiento a las tres grandes iniciaciones llamadas misterios órficos, misterios eleusinos y misterios samotrácicos.

Se observa en la cultura helenística de la Antigua Grecia, siendo ya evidente su existencia antes del 600 a. C. en los cultos místicos de Eleusis (Démeter: hermana/esposa de Zeus y Perséfone: hija de Démeter y esposa de Hades) y en los de Dioniso y las bacantes.

En Grecia comenzaron a tener muchos seguidores las religiones místicas del Oriente Próximo, como los dioses frigios (Cibele, Atis, Sabacio, Mitra) o los egipcios (Anubis). Sin embargo, algunos expertos puntualizan que el culto a estas divinidades no muestra características místicas en sus lugares de origen, sino que parece adquirir estas características al llegar a Grecia. Algunos autores opinan que el éxito y la expansión de las religiones místicas se debían a que la mitología grecorromana clásica no implicaba al individuo en sus creencias, mientras que las religiones místicas acogían al creyente, proporcionándole protección y promesa de felicidad.

«Lo mejor de la religiosidad helenística se sentía inclinada hacia el monoteísmo: tanto el universo como el ser humano se veían en verdad dependientes de un Dios único. Pero, a la vez, el hombre religioso de la época se sentía preso de un destino ciego e inflexible, sujeto al hado, a un sino férreo y cruel representado para la mayoría de las gentes en la tiranía inexorable de los astros. Otros se abrumaban al creer en el poder agobiante de múltiples demonios o espíritus que habitaban los aires, o en la mala influencia de fuerzas semidivinas perversas, a veces controladas por la magia. No es extraño que ante el múltiple acoso de tantas potencias sobrenaturales, el hombre religioso helenístico se viera necesitado de la ayuda de otros poderes también superiores, amigos, que le protegieran y liberaran de tantos peligros.

Las religiones de misterios del mundo grecorromano ofrecían exactamente la posibilidad de una protección y liberación de tales temores. Después de una vida quizá dura, pero liberada de miedos y terrores, el iniciado en las religiones de misterio podía ser trasladado tras su muerte desde el ámbito ciego del Destino al reino celeste de la divinidad, ya fuera Deméter, Isis

protectora, Hermes Trimégistos («Tres veces grande»), o más tarde Mitra. Así pues, la vida del miembro de una religión de misterios no concluía con la muerte física. La divinidad a la que se había consagrado en vida era también dueña de las potencias infernales y podía protegerle de ellas: de este modo conseguía el iniciado la salvación. La figura divina que se la proporcionaba era «salvadora». En algunas ocasiones esta figura divina era un dios joven que había sufrido la muerte y había resucitado de algún modo (misterios de Osiris-Isis, Atis, Adonis).

El iniciado experimentaba en su vida también ese proceso. La unión cultural con la divinidad permitía al iniciado participar luego en el destino, a la postre glorioso, de aquélla. La aspiración religiosa hacia la salvación personal, junto con el deseo de ir más allá de la fría religión oficial del Estado, sobrepasó el marco estricto de las religiones de misterios para llegar a ser patrimonio común de la religiosidad en las épocas helenística y romana.

El cristianismo, cuando se expande por el mundo romano, cae en la cuenta de que tiene que competir con esas religiones. Y el mejor modo de hacerlo fue afirmar con los argumentos que estaban en su mano que él ofrecía incluso algo mejor que las religiones de misterios. El cristianismo ofertaba una salvación mejor, más completa y segura y además gratuita. Jesús era infinitamente superior a las divinidades salvadoras de los «misterios». La iniciación cristiana, el bautismo, la puerta para la salvación, y la eucaristía, en la que se rememoraba y se participaba muy claramente de la suerte de Jesús, no costaban nada, lo que contrastaba con los onerosos gastos de la mayoría de las iniciaciones.

De unos pocos privilegiados económicamente, la salvación pasaba a todos y gratis. Los primeros documentos cristianos, el Nuevo Testamento, aprovechan este ambiente y esta religiosidad para encajar dentro de él su mensaje, pues éste ofrecía evidentes analogías con el de los misterios. Incluso llega a utilizar el mismo lenguaje y categorías religiosas comunes. Así, por ejemplo, como veremos en el capítulo 11, Pablo habla del hombre nuevo cristiano, del bautizado, como surgido de la muerte del ser anterior, acaecida en Cristo, y de un nuevo nacimiento al emerger de las aguas bautismales (Rom 6,3-4).

Igualmente, se establecieron lazos de analogía o similitud cuando la comida eucarística cristiana fue interpretada como los banquetes de los misterios, pues la ingestión simbólica de la divinidad garantizaba, como medicina de inmortalidad, la vida eterna de los que participaban en esas comidas. El mensaje del Nuevo Testamento no se presentaba con la pretensión de llenar un vacío religioso del mundo helenístico y romano, sino en la mayoría de las ocasiones con el deseo de indicar que las verdaderas respuestas a las ansias comunes de los hombres piadosos se hallaban tan sólo en la religión transmitida por Jesús de Nazaret y sus seguidores. Jesús era el único y definitivo salvador. Pero para que este mensaje fuera entendido y aceptado, era menester casi siempre acomodarlo a las estructuras y sistemas mentales imperantes». [I.c., 122 s.]

La Gnosis

El gnosticismo es un conjunto de corrientes sincréticas filosófico-religiosas que llegaron a mimetizarse con el cristianismo en los tres primeros siglos de nuestra era, convirtiéndose finalmente en un pensamiento declarado herético después de una etapa de cierto prestigio entre los intelectuales cristianos.

En efecto, puede hablarse de un gnosticismo pagano y de un gnosticismo cristiano, aunque el más significativo pensamiento gnóstico se alcanzó como rama heterodoxa del cristianismo primitivo. Según esta doctrina los iniciados no se salvan por la fe en el perdón gracias al sacrificio de Cristo, sino que se salvan mediante la gnosis, o conocimiento introspectivo de lo divino, que es un conocimiento superior a la fe. Ni la sola fe ni la muerte de Cristo bastan para salvarse. El ser humano es autónomo para salvarse a sí mismo.

El gnosticismo es una mística secreta de la salvación. Se mezclan sincréticamente creencias orientalistas e ideas de la filosofía griega, principalmente platónica. Es una creencia dualista: el bien frente al mal, el espíritu frente a la materia, el ser supremo frente al Demiurgo, el espíritu frente al cuerpo y el alma. El término proviene del griego Γνωστηκισμός (gnostikismós); de Γνώσις (gnosis): 'conocimiento'.

La enorme diversidad de doctrinas y "escuelas gnósticas" hace difícil hablar de un solo gnosticismo. Algunos aspectos comunes de su pensamiento, no obstante, podrían ser:

Su carácter iniciático, por el cual ciertas doctrinas secretas del Cristo o el "ungido" estaban destinadas a ser reveladas a una élite de iniciados. El mismo conocimiento de las verdades trascendentes producía la salvación. Su carácter dualista, por el cual se hacía una escisión tajante entre la materia y el espíritu. El mal y la perdición estaban ligados a la materia, mientras que lo divino y la salvación pertenecían a lo espiritual. Por esa razón no podía existir salvación alguna en la materia ni en el cuerpo. Siendo la materia el anclaje y origen del mal, no es concebible que Jesucristo pudiera ser un ser divino y asociarse a un cuerpo material a la vez, puesto que la materia es contaminadora. Por esa razón surge la doctrina del Cuerpo aparente de Cristo, según la cual la Divinidad no pudo venir en carne, sino que vino en espíritu mostrando a los hombres un cuerpo aparentemente material (docetismo). todo espíritu era divino, incluyendo la parte espiritual del hombre (el alma), que no necesitaba a nadie para salvarse a sí mismo, siendo Cristo enviado a revelar esa verdad. Por otra parte, el creador/ordenador de la materia (llamado Demiurgo), al multiplicar con su creación la materia, sería un ser malvado y opuesto al verdadero Ser Supremo del cual surgió. Interpretación alegórica del cristianismo y de las escrituras. Así, se reinterpretan a la luz gnóstica las historias de la creación, etc. dándoles significados filosóficos. En la cima de los seres existe un Dios, un ser perfecto e inmanente cuya propia perfección hace que no tenga relación alguna con el resto de seres imperfectos. Es inmutable e inaccesible. Descendiendo en una escala de seres emanados de aquél llegamos al Demiurgo, antítesis y culmen de la degeneración progresiva de los seres espirituales, y origen del mal. En la cima de la jerarquía humana estaban los iniciados, en los que es predominante el espíritu. Ellos pueden

experimentar la gnosis y acceder así a la salvación. Por debajo está el resto de los cristianos, en los que predomina el alma sensible y que se pueden salvar siguiendo la guía de los primeros. En la parte más baja están aquéllos en que predomina el cuerpo y que, por tanto, no alcanzarán la salvación.

En 1945 fue descubierta una biblioteca de manuscritos gnósticos en Nag Hammadi (Egipto), que ha permitido un conocimiento mejor de sus doctrinas, anteriormente solo conocidas a través de citas, refutaciones, apologías y heresiologías realizadas por Padres de la Iglesia.

«Es difícil exagerar la importancia que este movimiento o, mejor, atmósfera religiosa, tuvo en los siglos I y II de la era cristiana y su posible influencia en la teología del Nuevo Testamento, bien fuera como aceptación en parte de algunos de sus principios, bien como rechazo. El vocablo gnosis es griego y significa «conocimiento». En el ámbito religioso se entiende por gnosis «el conocimiento de misterios divinos reservados a una élite gracias a los cuales se consigue la salvación. O más sencillamente: gnosis significa el logro de la salvación mediante el conocimiento.

La gnosis es una experiencia religiosa basada normalmente en una sabiduría revelada. Para que haya gnosis tiene que haber revelación, no a todos los gnósticos naturalmente, pero sí al menos al maestro o cabeza del grupo. La «gnosis» como tal no es estrictamente ninguna religión, sino un conjunto de saberes, de ideas religiosas que luego se concretizan en diversas religiones. Pero la gnosis no es un conocimiento puramente intelectual, sino total en el sentido de que la contemplación del objeto permitirá al contemplante ser uno con él. El objeto de ese conocimiento es el Absoluto, Dios, y lo que de él dimana, a saber, las regiones supracelestes donde se halla la divinidad y las entidades que se imaginan que la acompañan. La gnosis orienta también sobre la creación del universo y la del ser humano con el fin o mera de su vida. Conocer por revelación directa o indirecta este conjunto de cosas es alcanzar la verdad; representa ser y actuar en esa verdad, y, en último término, salvarse.

Comprender la gnosis facilita el entendimiento de una buena parte del cristianismo primitivo, que nace en un ambiente cuya atmósfera está permeada por ideas gnósticas. Veremos cómo es muy probable que la gnosis naciera en un ambiente judío. Durante una época temprana del cristianismo, en torno sobre todo al siglo II d.C, el gran grupo de la Gran Iglesia, por un lado, y la gnosis cristiana, por otro, fueron fenómenos teológicos tan parecidos que para los observadores profanos era difícil distinguir entre los cristianos llamémosles «ortodoxos» de la Gran Iglesia y ciertas ramas de gnósticos, sobre todo los llamados «valentinianos» (sucesores de Valentín, gnóstico de principios del siglo II d.C).

El gnóstico se halla convencido de que todas las realidades del mundo presente, cuando se interpretan bien, son un reflejo de otras entidades superiores, no materiales, que están arriba, en el «cielo»; y a la inversa: las realidades superiores, divinas, tienen su contrapartida en las de «aquí abajo». Este supuesto es similar a la teoría de las ideas de Platón, según (a cual toda

entidad del mundo aquí abajo no es más que el reflejo de una idea realmente existente en el mundo de allá arriba. Resultado: si interpreto bien lo que hay aquí abajo, sabré lo que hay en el mundo divino, de arriba.

Antes de la creación del universo ese Dios, único y trascendente, vivió consigo mismo durante infinitos siglos con gran paz y aislamiento (Dios antes de la creación del mundo = Génesis, cap. 1). Con él convivía sólo su Pensamiento.

En un momento determinado este Ser trascendente, el Uno, pensó manifestarse y comunicarse hacia el exterior (Dios decide la creación). En unión con su propio Pensamiento, su deseo de comunicarse engendró por emanación una serie de entidades divinas que forman una proyección de la divinidad hacia fuera. A estas entidades se les suele llamar «eones» («existentes») y van siempre por parejas, ya que lo aislado no existe en el universo y si lo hay, no es perfecto.

En realidad estos «eones» son modos como la divinidad se proyecta hacia fuera. A este conjunto de la divinidad más sus modos o eones se denomina «Pleroma», «plenitud» total de la divinidad. Todo esto ocurre antes del tiempo y todo ello forma una situación estable. En un instante dado ocurrirá un «cambio» que conducirá a la creación concreta del universo. Por un cierto «error» (en principio parece increíble que un ente divino pueda equivocarse, pero los gnósticos lo creían así) uno de esos eones, al que los gnósticos llaman Sabiduría, se separa del Pleroma y en un complicado proceso de apartamiento del Uno o Padre crea la materia. En realidad no la crea tampoco por sí misma sino a través de un intermediario, una divinidad inferior, o Demiurgo, que ella misma produce. El proceso al que aquí nos referimos es en realidad la expresión de una exégesis mística y alegórica de los primeros capítulos del Génesis, valiéndose de elementos tomados de la filosofía griega, en concreto del Timeo de Platón. El Demiurgo aparece descrito de diversas maneras, pero en todos los sistemas gnósticos es una especie de ser divino, un dios inferior e ignorante de que por encima de él se halla el verdadero y trascendente Dios.

Tenemos, pues, aquí un mito cosmogónico. Con él la gnosis consigue explicar varias cosas: el Universo es creado en último término por Dios, pero por una especie de «error» de uno de sus modos o «eones». Además no lo crea la divinidad directamente, sino sus intermediarios. Esto supone que la gnosis niega la fe del Antiguo Testamento en la creación. Pero así se salva la absoluta trascendencia divina y se explica la dualidad entre Dios y la materia. Ésta es el último escalón del ser y en el fondo será inconciliable con la divinidad.

El hombre, en su parte material, es creado por el Demiurgo asistido por una serie de ángeles ayudantes creados a su vez previamente por él. Su parte superior, su espíritu, lo tiene el ser humano por insuflación del eón Sabiduría. Así se explica también la dualidad que reina en el hombre. Por un lado, es un ser camal, material, degradado, producto del Demiurgo. Por otro, es un producto de la Sabiduría gracias a su espíritu. Al ser éste igual a la divinidad, el hombre es un ser superior, que de algún modo pertenece al cielo. Pero carne y espíritu estarán por siempre enfrentados.

La carne está condenada a volver a la nada, a lo que es en realidad. Pero el espíritu del hombre debe ser salvado de la carne y del universo material. De eso se encarga el Salvador enviado por Dios para rescatarlo. Aquí entra en juego un tercer mito: el de la salvación.

La divinidad completa, el «Pleroma», se apiada del ser humano. Le da pena que su parte superior, el espíritu, esté aherrojado en el mundo, prisionero del cuerpo y de la materia. Para liberarlo, para hacer que el espíritu vuelva a las alturas de donde procede, todo el Pleroma divino envía a la tierra al Salvador.

El Salvador o Redentor descenderá desde las alturas, el Pleroma, atravesará las distintas esferas de los cielos que circundan la tierra –engañando a sus vigilantes, los ángeles o arcontes del Demiurgo– y llegará a ella con la misión de recordar a los hombres espirituales que tienen dentro de sí una parte divina, que deben sacudirse el letargo en el que viven (por culpa de hacer caso a la materia) y hacer todo lo posible para retornar al lugar de donde esa parte procede. El modo de sacudir su adormecimiento es la revelación de la gnosis o el conocimiento verdadero. Lo que el Salvador hace con su revelación es sacudir al alma de modo que el ser humano empiece a formularse las preguntas sustanciales que más arriba apuntamos: (¿quién soy? ¿de dónde vengo? ¿qué debo hacer para rescatar este espíritu de la materia y hacerle volver al lugar de donde procede, el cielo?)

Tras recordar a los humanos espirituales que proceden de las alturas y que deben volver a ellas, les indica los medios para conseguirlo: ascetismo, huida del mundo, desprendimiento de todo lo carnal. En una palabra: la misión del Salvador es enseñar al ser humano a liberar su espíritu de la materia.

El origen concreto de la gnosis y todo su ideario, que sólo aparece con claridad en el siglo II d.C., es extraordinariamente discutido por lo que los investigadores no han llegado a ninguna posición unánime. Es verosímil, sin embargo, pensar que en el arco formado por las regiones de Siria, Palestina y Egipto, entre gentes impresionadas por la idea de una enemistad irreconciliable entre materia y espíritu (dualismo) y por la concepción de una lucha atroz entre el Bien y el Mal, e impulsadas por otros conceptos de la filosofía griega espiritualista (por ejemplo, la división del ser humano entre cuerpo y alma, y éstos enfrentados entre sí) es donde surge el germen primero de la gnosis.

Se puede sospechar que la gnosis mediterránea comienza a brotar en esas zonas en ciertos ambientes de judíos piadosos, esotéricos y marginales, cuando éstos, aficionados a la filosofía griega, aplican a la exégesis de los textos sagrados –especialmente el Génesis, que expone el origen del mundo y del hombre–, conceptos de la filosofía helenística popularizada, sobre todo del platonismo.

No deja de ser interesante observar también que el núcleo de la filosofía platónica popularizada en la época en la que nace el cristianismo (el Bien supremo y el mundo de las Ideas superiores, origen y ejemplo del mundo material, formado como copia de los arquetipos celestiales; el hombre compuesto de alma y cuerpo, es decir, espíritu y materia; poca o nula

importancia del mundo material comparado con el verdadero de las Ideas; la inmortalidad del alma; la muerte como ejercicio filosófico para acceder al mundo superior, etc.) podía acomodarse perfectamente a la religión judía, de donde proceden los autores del Nuevo Testamento. De hecho se había ido acomodando ya desde hacía unos doscientos años.

La Gnosis y el Nuevo Testamento

En el comienzo mismo del Nuevo Testamento, en las epístolas de Pablo y otras obras se observa que sus autores deben enfrentarse a adversarios imbuidos de ideas que en principio parecen gnósticas.

Pablo, en su Epístola primera a los corintios, lucha contra gnósticos cristianos de la comunidad de esa ciudad quienes negaban una futura resurrección del cuerpo y afirmaban que la única resurrección posible, la del espíritu, había tenido ya lugar. Como signo visible de esta resurrección consideraban esos cristianos los casos de profetismo en trance extático (es decir, con aparatosos signos externos de trance) dentro de la comunidad, por ejemplo, el «hablar en diversas lenguas».

La Epístola a los colosenses presupone la existencia de una gnosis judeocristiana en el seno de la comunidad, corriente que atribuía efectivamente a Cristo la obra salvadora, pero que exigía que se honrara probablemente por encima de él al resto de las potencias divinas que forman parte del «Pleroma» o «plenitud» de la divinidad (los llamados «elementos del mundo» de 1,19 y 2,9).

Las Epístolas pastorales aluden continuamente a doctrinas gnósticas, que invaden a la comunidad, y a las que caracterizan como enseñanzas erróneas. Las Pastorales prohíben las discusiones teóricas con los gnósticos, ya que no conducen más que a estériles disputas, y oponen a la expansión del error gnóstico la muralla de la «sana doctrina de la Iglesia».

En el Apocalipsis el autor lucha contra lo que él consideraba posibles gnósticos, probablemente cristianos de tendencias paulinas, los nicolaítas, que creían conocer las «profundidades de Satanás» –es decir, el Demiurgo o agente divino creador del mundo que se opone a Dios: 2,24– y que se comportaban demasiado libremente en materias sexuales.

Ya sea por aceptar parte de lo bueno que tenían los adversarios, o por propio convencimiento, el Nuevo Testamento utiliza en ocasiones un utillaje mental gnóstico para presentar su mensaje.

Vamos a poner sólo tres ejemplos:

Pablo efectúa una contraposición entre dos tipos de hombres, los «psíquicos» y los «espirituales» (1 Cor 2,14s; 15,44-49). Esta distinción se basa en una antropología de corte gnóstico/platonizante, que distingue tres partes en el ser humano: el cuerpo, el alma vivificante, y el espíritu o zona superior. Sólo el hombre «espiritual» es capaz de la verdadera sabiduría, la que conduce a la comprensión del «misterio de Cristo» (1 Cor 2,6-7).

Pablo habla también la idea de la unión de los cristianos con Cristo (1 Cor 12,12-27; Rom 12,4s) formando un solo cuerpo. Esta idea se basa en concepciones muy queridas por la gnosis: la syggéneia o igualdad sustancial entre el Redentor y los redimidos a través de la posesión de un mismo espíritu.

En sus líneas de pensamiento más particulares el cristianismo del Evangelio de Juan y su interpretación de Jesús se pueden entender mejor si se acepta que el autor ha tomado nociones de la atmósfera o espiritualidad gnóstica nacida en suelo judío y extendida por todo el ámbito del Mediterráneo. Estas ideas son las siguientes:

Dualismo a ultranza (luz / tinieblas; verdad / mentira; arriba / abajo). La noción de un salvador preexistente, logos divino que desciende a la tierra, revela y asciende al cielo. El concepto de la unidad sustancial del Enviado y sus seguidores con Dios. La salvación por medio del conocimiento o fe que aporta la palabra de Jesús.

El origen judío de la gnosis explica por qué se han detectado ecos de esta atmósfera gnóstica entre los manuscritos de Qumrán (el muy conocido dualismo; la lucha de los dos espíritus, del Bien y del Mal), por qué se extiende tan fácilmente la gnosis entre los judeocristianos (al principio una secta judía) y en el ambiente en el que predicaban Pablo y sus discípulos, por qué éste acepta algunas de sus ideas que le parecen convenientes para explicar su mensaje, por qué de algún modo influye en las concepciones del Cuarto Evangelio y por qué, finalmente, el Nuevo Testamento toma postura frente a esta atmósfera religiosa gnóstica cuando ésta se constituye en sistema religioso y le hace la competencia (Colosenses; Pastorales). En los siglos II y III la gnosis llegará a ser una versión competidora del cristianismo frente a la «ortodoxa» de la Gran Iglesia. La lucha será entonces a muerte y fue la gnosis la que perdió la batalla». [l.c., 124 s.]
